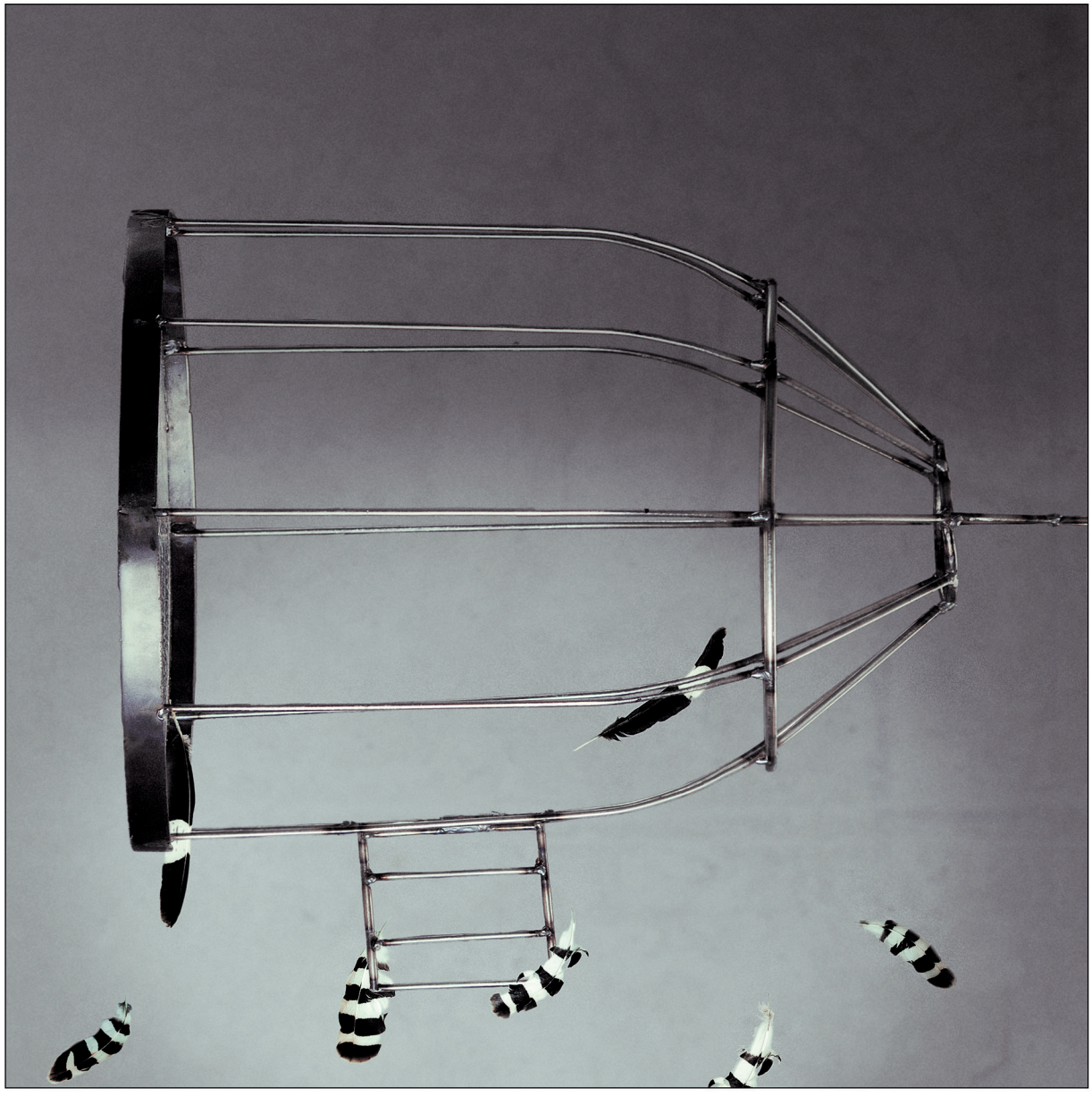
Beauseant.
Textos aparecidos en www.elartistadelalambre.net (2013).

Portada: ard-design.ch



Creíamos estar vivos y sólo estábamos atrapados en un largo insomnio.

rincon de la (des)memoria

Remake – 2
Tradiciones – 2
fiat lux (..) – 3
la cena más triste del mundo – 4
Miss cafeína – 5
el increíble hombre menguante – 6
el salto – 7
los elegidos – 8
Juggernaut – 10
No direction home – 11
Un plan para cada uno de nosotros – 13
el juego – 14
querido amigo – 15
nada sin ti – 15
el día de año nuevo – 17
entre un golpe y el siguiente – 18
el lugar de la tragedia – 19
LaGranHistoria ™ – 20
Cuando desaparecí – 22
La niña que contaba estrellas – 23
Un puñado de mierda – 24
seremos eternos – 25
Un canto de libertad – 27
Una canción para Carla – 28
Nuestra historia – 29
la niebla – 33
Laura – 34
el arte de vivir – 36
Enero – 37
Barajas-Newark – 37
Jaime – 38
leviatán a pilas – 38
Ser ...o no – 39
He vuelto a soñar contigo – 39

Remake

La magia se había esfumado e iba a ser difícil afilar las palabras lo suficiente para que el corte fuese lo más limpio posible Huyamos, propuse. Corramos. Simplemente corramos en direcciones opuestas. Hagámonos el favor y pongamos fin a esta vida de días cara a la pared. Has perdido la sonrisa en esta guerra, he perdido la autoestima y, entre los dos, nos hemos perdido el respeto ahora sí y luego también. Ríndete. Rindámonos sin explicaciones, sin concesiones. Acabemos con este *pimpampum* que ha destrozado cuadros, vajillas, corazones... Acabemos. Elije norte o sur, este u oeste. Elije y **corre**. **Corre** hasta que te agotes, hasta que me olvides, hasta donde las calles ya no retengan el eco de nuestras balas a media noche.

Y así, con esta breve declaración de intenciones, aquel otoño, por fin, terminó la guerra. El fin de las hostilidades. Huiste. Huí, y comenzó un precario equilibrio del que nuestros abogados dieron fe. Aquel otoño terminó la guerra. Tú en el norte y yo en el sur, refrendamos un tratado de paz que supuraba rencor en cada punto. No hubo ganancias. Sólo pérdidas que compartir, que repartir. Pérdidas y rencor hasta el punto y final del final de aquella guerra.

Tradiciones

¿En que momento algo que nació como una costumbre adquiere proporciones de tradición?
Si sólo le importa a un par de personas, *¿Sigue siendo una tradición*?

Hace muchos años mi vida se cruzó con el rumbo de una preciosidad que tenía una extraña costumbre: al menos una vez al mes cambiaba algo que llevase haciendo durante mucho tiempo.

Cualquier cosa que hubiese incorporado a la rutina del día a día era la posible víctima. Podían ser cosas sencillas, como el tipo de café que tomaba al despertar o el camino que seguía para ir al trabajo, pero otras veces se entretenía en provocar pequeños terremotos en su vida que trastocaban por completo el orden de cuantos la rodeábamos.

De un día para otro decidía vivir en la otra esquina de la ciudad, su teléfono dejaba de dar señales o en su trabajo no sabían nada de ella... Me tocaba entonces recorrerme el hilo de Adriana de su vida para volver a encontrarnos en algún punto de ese camino que aún siguiese en pie. Un largo y extraño recorrido al final del cual siempre estaba ella esperándome para celebrar el reencuentro con acrobáticos maratones de sexo desenfrenado.

Ella, resulta obvio, estaba como una cabra, pero era preciosa y yo estaba enamorado como un becerro y cualquier cosa que hiciese me parecía el camino al mandala; una ruta llena de complicaciones cuya meta sería la pureza del alma, el amor verdadero o cualquier otra estupidez que sólo cobra algo de sentido cuando mezclas a partes iguales el amor y la ceguera.

O al menos así fue durante los seis meses que ella tardo en incorporarme a esa odiosa rutina suya de la que deshacerse a toda costa.

Aquello debería haber provocado algún cambio en mi vida, sin embargo no aprendí nada de todo ese tiempo que pasamos juntos. Soy bueno en no aprender lecciones por mucho que estas se empeñen en golpearme en la cabeza.

Me gusta aferrarme a las cosas, sentir que a base de repetir giros y pasos toda esta danza cósmica tendrá algo de sentido. Soy de esas personas que cuando encuentran una puerta cerrada intenta abrirla una docena de veces hasta que se dice, pues sí, estaba cerrada. Probaré una vez más antes de desistir.

Por eso, otro año más, hemos reunido todo este camino en un fichero en formato PDF.

Quizás no sea importante, quizás se pierda entre el ruido de un millón de sitios parecidos que nacen y mueren cada mes.

La pregunta es, *¿acaso importa*?

Y si les gustan las tradiciones tanto como a nosotros, en la trastienda hemos dejado todo el rastro de estos últimos años. Sé que ella, de alguna forma, estaría orgullosa.

fiat lux (..)

Recordad que Dios no dijo «Ahora haré la luz» sino «Que se haga la luz». Su primer acto fue dejar que la luz entrará donde no había habido Nada. Como Dios, vosotros también tenéis que trabajar siempre con la luz, hacer que se comporte exactamente como queráis.

Con estas palabras explicaba el Gran Zombini a sus hijos el funcionamiento de la magia. Casi al mismo tiempo, pero en otro tiempo y otro lugar, unos tipos juntaron un puñado de lentes y mucha paciencia para crear un nuevo arte al que llamaron fotografía. Foto y grafía, el arte de fijar y reproducir gracias a la luz.

Aunque no se lo dijeron a nadie ellos sabían que en el fondo las fotos, las buenas fotos, no funcionan de una manera muy distinta a la magia.

Y quizás todos nosotros, con nuestras cámaras de miles de euros, no seamos más que niños traviesos que acaban de recibir su primer juego de magia y se empeñan, una y otra vez, en sacar naipes marcados del interior de un sombrero.

No es algo a lo que debamos buscarle mucho sentido. Son sólo maneras de sobrevivir.

la cena más triste del mundo

El tipo que tengo delante compra la cena más triste del mundo: dos hamburguesas listas para ser calentadas dentro del microondas, un par de yogures desnatados, un bote de cerveza sin marca y otro de ketchup con una etiqueta azul. La lechuga asoma con desgana por los bordes como una bandera de rendición y tiene toda la gama de verdes imaginable. Ni todo el ketchup del mundo hará que eso tenga buen aspecto.

Lleva una gorra de un equipo de alguna ciudad americana que seguramente no sepa situar en ningún mapa y toda su ropa parece haber tenido mil vidas anteriores.

Todas mejores que esta.

Su cuerpo y sus gestos dejan claro que el tipo se mueve en el siguiente escalón al puro cansancio, ese punto en el que ya has dejado de pensar en que momento se torcieron las cosas y te has convertido en un autómata lleno de gestos sin explicación. Si se quitase la gorra veríamos el cartel de la derrota absoluta y sin concesiones escrita con luces de neón en lo alto de su frente.

Cuando salgo del hiper nos cruzamos en un aparcamiento inmenso lleno de coches abandonados. Las luces del centro comercial dibujan sombras caprichosas en nuestros rostros y es posible vislumbrar, un poco más lejos, el resplandor dorado de la ciudad.

Me saluda con un movimiento de la cabeza al pasar a mi lado. *Veo que hemos comprado la misma marca de hamburguesas*, me dice con algo parecido a una sonrisa.

Al final, todos nosotros hemos aprendido a reconocernos. A leer en nuestros gestos con la fiabilidad de un contador Geiger soviético.

Ya no engañamos a nadie cuando fingimos que llevamos una vida normal, atrapados en un lugar normal y haciendo algo tan normal como el dedicarnos a sobrevivir sin querer ver las fisuras de nuestra rutina.

Somos las aristas del sistema, los hijos bastardos de algo para lo que nunca pidieron nuestra opinión, y sólo cuando nos reconocemos en aparcamientos desiertos anclados en medio de ninguna parte podemos sentirnos parte de algo mucho más grande que nuestras propias y solitarias vidas. No hay nada de normal en ello.

El vagabundo que veo siempre en los alrededores de la entrada número seis de la estación me dijo que habían retirado los controles de A.D.N, que ya nadie se acordaba de nosotros. Eramos pasado, y como tales podíamos ir y venir a nuestro libre albedrío. Al tipo le faltaba una pierna y tenía un ojo destrozado, pero insistía que entraba y salía todos los días y nadie se lo había impedido.

Es verdad, repite ante mi gesto de incredulidad, y me enseña un puñado de monedas gastadas como prueba. Las miro, pero no logro reconocer la cara de los presidentes grabadas en el metal.

Cuando regreso a casa las luces de la ciudad siguen brillando en la distancia con un pulso que he aprendido a sincronizar con el mio.

Ya he dejado de soñar que ese dorado resplandor son las luces de una civilización en llamas.

Tuvieron hijos como quien acumula deudas en una mesa de juego. Porque ya era demasiado tarde para retirarse, por pura rutina o porque esperaban ese ciego golpe de suerte que les redimiría de una vida que ya entonces intuían demasiado vacía. Demasiado incluso para las pocas expectativas que tenían puestas en ella.

Me asomo al abismo de sus ojos y sólo veo el cansancio infinito de quien encuentra todas las puertas cerradas. Me devuelve la mirada y bajo la cabeza avergonzado como la primera vez que se cruzaron. Sigo su mano hasta el cenicero donde deposita con extremo cuidado la última colilla consumida haciendo muchas maniobras hasta lograr dejarla en pie entre las otras, como un orgulloso estandarte de algo condenado a morir de manera irremediable.

Lo leo en sus ojos, intuye que la cacería no tendrá fin, que el rastro de sus peores temores siempre le acabará llevando al punto exacto de partida.

El hombre que se encoge lentamente se cepilla los dientes ante el espejo. Sabe, siguiendo las marcas dejadas sobre el cristal, que es ligeramente, apenas un poco más bajo que ayer. Ni tan siquiera es algo perceptible, fácil achacarlo a las zapatillas, la rugosidad de la alfombra o a cualquier otra cosa, pero el sabe que no es así.

La única verdad es que cada día es más pequeño; que se encoge lentamente de forma imperceptible pero inapelable.

Durante el trayecto en el ascensor no puede evitar compararse con sus compañeros a los que irremediablemente encuentra más jóvenes, más dispuestos para la lucha diaria, pero también para disfrutar y dejarse sorprender en cada paso del camino. Hace siglos él también era así.

Intenta situarse en la parte de trasera del cubículo para que nadie pueda ver su cara ni medir su estatura. Se abre camino hasta el fondo, y con las espalda apoyada contra el espejo se sube sobre sus talones intentando seguir el ritmo marcado por las palabras que brotan en cacofonía a su alrededor. Escucha con atención las conversaciones sobre el fútbol, las mujeres que han derribado o cualquier otra cosa que hayan hecho durante el fin de semana. Apenas si logra entender algo de todo eso, pero sonríe y asiente. Eso es lo más importante, asentir, formar parte de todo ese embrollo.

En las reuniones la cosa no mejora: cuando su jefe le cede la palabra y le toca presentar interminables balances llenos de gráficas siente sus miradas cada vez desde más arriba, con sus gafas, sus trajes y sus hondas arrugas de preocupación. Miradme, parecen decir, soy demasiado importante, tengo una hipoteca inmensa, mujer e hijos, he apostado toda mi vida a esta empresa, no puedo perder el tiempo con alguien tan diminuto.

Como todo adulto que se precie de su evolución, el hombre que se encoge lentamente busca con desesperación el punto crucial donde todo se vino abajo. Piensa, no sin cierta inocencia, que él lo tenía todo para haber triunfado en una vida que ahora parece haberle dejado colgado de la brocha. Revisa los diarios y las calificaciones de sus lejanos tiempos en la universidad, fiscaliza con trazos de entomólogo las fotos y anotaciones de entonces, traza una minuciosa radiografía de sus amantes y amigos... Y busca, por encima de todo busca los culpables de ese desastre.

El tipo que se encoge lentamente intuye las cartas marcadas, los días ya recorridos y, lo peor, ha olvidado su mejor truco, el que le volvía invisible con sólo chasquear los dedos. Ahora se encuentra condenado a ser cada más pequeño ante los ojos de un público que le observa en completa indiferencia.

Eso es lo peor, la total y absoluta indiferencia con la que todos parecen asomarse a su propio e intransferible infierno personal. No hay amigos, le gritan las cartas, y ya es tarde. Tarde para cualquier otra cosa que no sea dejarse llevar por esa rutina de calendario.

Se sabe encallado en ese punto crucial que figura en todos los mapas y guías de viaje, pero ese conocimiento sirve de bien poco porque ya nada tiene remedio: has llegado ahí a una edad en que la vida tiene mucho más que ver con las creencias que con las realidades, y en el que hasta los espejos que te conocen del día a día son incapaces de seguir mintiendo y devuelven, por fin, el verdadero rostro del tipo al otro lado.

La vida, como un comentario de otra cosa que no alcanzamos, y que está ahí, al alcance del salto que no damos. Rayuela / Cortázar.

la vida, que es muy puta.

Eso último es cosa de mi padre, un nihilista de la línea dura.

De esos que lo son sin necesidad de buscar la palabra en diccionario alguno.

Porque hasta el peor boxeador del mundo consigue lanzar un buen golpe alguna vez y ese día la que se monta, ¿verdad? Alguien en algún lado se hace rico de repente y otro, a pocos asientos, se arruina de forma irremediable en las apuestas.

Y quizás no haya nadie esperando cuando vuelves a casa, o aparezcan tipos trajeados con nudillos de acero empeñados en recordarte que ese no era el trato. Pero, qué importa, al menos una vez alguien dijo tu nombre levantando el brazo en alto. Por un breve instante dejaste de ser ese alguien pequeño e insignificante que vive y muere aterrado en su madriguera.

Quizás haya sido en el boxeo, o porque has mirado a la chica equivocada o, como el caso que nos ocupa, por una pequeña discrepancia en los libros de contabilidad. El problema de pasarse de listo es que puedes acabar en el lugar equivocado junto a la peor compañía posible.

Sostengo el arma con cansancio y recorro la escena que llevamos dos horas componiendo: el fulano atado a la silla convertido a golpes en una pulpa sanguinolenta que habla a duras penas, el gorila situado justo detrás que se mira los nudillos doloridos y a un lado, entre la penumbra, el tipo de la pistola.

Los tres componentes de este claroscuro sabemos que el fulano de la silla esta muerto, ha llegado a ese peaje definitivo donde ya no queda nada por negociar excepto como será esa muerte. Por eso ahora mismo el tipo ondea su cuerpo como una bandera de rendición e intenta darnos motivos para lograr algo rápido. Lo he visto tantas veces que no me pilla por sorpresa, pero no deja de resultar fascinante.

Lo reconozco, el haberle desnudado quizás ha sido un poco excesivo, pero a los jefes les encantan esos detalles.

Le miro y me agacho a su lado en un último esfuerzo por intentar entender las palabras que brotan de su boca destrozada entre borbotones de sangre, jirones de carne y trozos de la dentadura. Aunque ya poco importa lo que tenga que decirnos, se trataba de mandar un mensaje: el tipo era nuestro lienzo y el gorila que le mira con gesto torcido es, contra todas las apuestas, nuestro artista principal.

Mi amigo homínido no es hombre de muchas palabras, es lo que la gente que nos contrata llama un músculo, y aunque costo horrores que hiciese bien su trabajo y no los dejase totalmente idos con el primer golpe, ha demostrado ser una gran inversión.

Yo lo vi boxear hace unos quince años, siempre en lugares de tercera y sin ningún estilo, pero con un sentido innato para hacer daño. Aguantaba los golpes casi sin inmutarse, no devolvía ninguno hasta haber localizado antiguas lesiones en el contrincante, un hombro que se moviese algo más lento o alguna vieja sutura en la cara a la que poder golpear hasta dejar al contrincante sangrando en la lona.

Ahora me mira extrañado por encima de la silla, nervioso como un perrillo que ha traído la pelota y espera que se la lancen de nuevo. Desplazo la corredera del arma hacia atrás y la suelto para introducir un nuevo proyectil en la recámara.

Hemos terminado el trabajo.

Llenamos la vida de diminutos rituales, ceremonias y gestos que hacemos casi sin pensar. El nuestro es acabar en un bar del centro después de cada trabajo donde siempre nos tomamos unas cervezas, negras, amargas y casi en completo silencio. Mi colega por sus propias limitaciones con el lenguaje hablado y yo, quiero pensar, como una muestra de respeto hacia el cadáver prematuro que hemos dejado atrás.

Hace un rato que el gorila se ha despedido de mi lado con un gruñido, y una chica rubia, menuda, no demasiado guapa, pero con esa falta de estilo que resulta encantadora, se acerca a mi lado tras muchas maniobras preparatorias. Ha debido confundir al armario de dos cuerpos que me acompañaba con un guardaespaldas y a mi con un importante hombre de negocios.

O quizás me haya vuelto guapo de repente.

Se sienta mi lado y en seguida hablamos un rato de un montón de cosas recién sacadas del armario de las banalidades. En algún momento comienza a tontear sin pausa y yo sonrío, le pago las copas e intento seguir el ir y venir en que ha convertido su vida desde que abandono su lugar natal, un pueblo lleno de campos de cereales y tipos con una dentadura horrible. Apenas hago preguntas, pero ya me siento parte de su vida e incluso culpable de sus problemas.

Poco a poco voy perdiendo el hilo y me centro en la cerveza que tengo delante hasta convertir su voz en un murmullo distante. Al fondo del vaso, entre la espuma, puedo ver al tipo que hemos dejado atado a la silla. Su rostro se junta con otras muecas suplicantes. Muchas caras, demasiadas supongo, pero conozco el nombre detrás de cada una de ellas.

Siempre hay un punto del proceso donde te intentan convencer de que ellos no deberían estar ahí sentados. Ellos tenían grandes planes, una mujer y unos hijos a los que han descubierto lo mucho que querían, algunas páginas a medio escribir o una gran historia que contar. Siempre hay algún motivo para quedarse, para posponer lo que ya es inevitable.

Todos sabemos que ese momento nos llegará sin avisarnos, pero preferimos actuar cada día como si lo hubiésemos olvidado y la muerte nunca fuese a llamar a nuestra puerta. Y al final, al otro lado del arma, soy yo el guardián de sus súplicas, el testaferro de todos sus sueños incumplidos. Les veo casi a diario, me despierto en su compañía y me persiguen durante el día con un mudo reproche.

Oye, interrumpo a la chica que tengo a mi lado, *¿sabes lo que sería despertarte todas las mañanas al lado de un asesino en serie*?

Juggernaut

Se les podía ver cada mañana a lo largo de la autopista mientras los coches pasaban a su lado enfurecidos. Caminaban sin rumbo aparente y con la cabeza gacha, vencida bajo el peso de las enormes mochilas cargadas a sus espalda y que iban llenado de objetos imposibles recogidos por el camino.

A veces, víctimas del cansancio o de alguna epifanía, se deshacían de parte de ese peso, y dejaban por el camino un reguero de cachivaches que morían de forma definitiva a miles de kilómetros del lugar donde fueron recogidos por vez primera.

Nunca se detenían, iban en pos de algo, una idea, una misión sagrada que les obligaba a roturar con pasos cansados el polvo del camino hasta que ellos, sus ropas, sus caras y seguramente sus pensamientos, adquirían el tono ceniciento y mortecino de las cunetas que transitaban sin descanso.

Al anochecer se desviaban hasta los enormes desguaces engendrados al pie de las carreteras, y allí intentaban encontrar descanso entre los caparazones sin alma de los automóviles que en otro tiempo fueron el sueño y el desvelo de sus propietarios. Apoyaban sus cabezas cansadas en los lugares que tantas historias acumulaban, y a través de los muelles vencidos de la tapicería entretejían y formaban parte de la vida de aquellos vehículos, ya inútil y vencida.

Morían y engendraban vástagos del color de la tierra al pie de aquellos caminos, pero apenas se detenían un instante. Nunca miraban el paisaje, jamás medían la distancia recorrida; iban en pos de un norte que se encontraba más allá de cualquier consideración geográfica. Cuando se reconocían en el camino se saludaban con un indistinguible movimiento de cabeza y seguían su rumbo. Sabían sin necesidad de palabras que pronto se reunirían en algún lado, un sitio que ellos ni tan siquiera podían aún intuir, pero al que habían sido congregados.

Cada uno de ellos acumulaba una historia a sus espaldas. Desde los que abandonaron sus trabajos en medio de la jornada, a los que volvieron a casa y dejaron a sus familias sin apenas una palabra porque la carretera los reclamaba con su canto primitivo... Todos y cada uno de ellos habían entregado sus vidas a ese algo que estaba por encima de sus ideas o de sus necesidades, y nada ni nadie, salvo quizás la muerte inevitable que a veces salía puntual a su encuentro, podría detenerles en su lento caminar.

Las encontré por casualidad mientras buscaba algo de ropa entre el desastre de los cajones; cayeron formando un abanico sobre la alfombra de la habitación y me fue imposible no fijarme en ellas. Casi todas eran fotografías de alguna playa y de paisajes. La primera eran un puñado de troncos clavado en el fondo marino con una utilidad incomprensible para alguien que ha crecido en una ciudad sin mar. En la última aparecía un chico rubio, guapo, con el torso desnudo y moreno que miraba de perfil hacia un puñado de rocas lamidas por el salitre.

Me quita las fotos de las manos y me dice que son de una playa en Croacia. Hace un millón de años, antes de conocerme, antes de todo. Era joven y estaba enamorada, me besa, pero ahora es feliz.

Es como ese viejo acertijo, ¿qué cinco cosas salvarías si tu casa estuviese en llamas?

Lo que el acertijo no nos cuenta es que es una mentira, no hay forma de escapar. No importa lo lejos que vayas o lo mucho que corras, las llamas te perseguirán allá donde vayas, incansables como perros de presa.

Termino de encontrar la ropa y bajamos a la playa, una extensión desierta de arena muy fina que a veces nos devuelve rastros de una civilización casi desaparecida: una radio carcomida por el oxido y otros objetos que apenas podemos reconocer, pero que ella analiza con ojo experto mientras juega a inventarse usos maravillosos para aquellas madagañas; casi todos sirven para curar enfermedades o, su fantasía más recurrente, para viajar hacia atrás en el tiempo.

Ella juega con el mar luchando contra las olas, y yo aprovecho para comprarle unos bocadillos y unos refrescos a un niño medio desnudo. Tiene bajo el brazo un periódico atrasado que consigo comprarle mediante gestos. Es un periódico escrito en español y apenas consigo entender algunos verbos y palabras sueltas, pero las fotografías me hablan en un idioma universal: la primera es de un flamante carro de combate japonés que avanza sobre una posición pobremente defendida por una vieja ametralladora. Al pie de página hay otra foto de un grupo de voluntarios, pálidos, ojerosos, con el terror pintado en la cara, que desescombran los restos de un edificio del que milagrosamente ha quedado en pie una esquina con el nombre de la calle grabado en una placa.

No me hace falta seguir leyendo para reconocer el sitio: calle Augustrasse, en el barrio de Mitte. Otra de las muchas cosas de nuestro pasado cuyo vestigio sólo podremos recuperar en viejas fotografías listas para ser salvadas de casas en llamas.

Ella vuelve de la playa y su piel emite una especie de morse en intermitentes destellos plateados. Sus pequeños pechos quedan dibujados a la perfección a través del bañador, y siento algo parecido al deseo palpitando en cada fibra de mi cuerpo. Me siento viejo y vencido.

Escondo el periódico bajo la tolla y sonrío al ver como ella aplaude al descubrir los bocadillos.

El día se desliza lento y perezoso, suspendido en medio de un tiempo detenido hasta que se rinde y da paso a un tenue anochecer. En la pequeña habitación del hotel la televisión emite un telediario salpicado de imágenes, pero el generador diésel que nos da luz apenas es capaz de mantener el pulso y la imagen nos llega a tirones, ralentizada, dando un toque irreal, como de otro mundo, a la emisión.

Ella se esconde bajo mi brazo y me dice que no es una buena persona. Que cuando era muy pequeña y veía lo guapas que eran sus amigas deseaba que les pasasen cosas horribles. Yo le beso en el pelo y le digo que el tiempo pasado sólo traza caminos, pero no elige ninguno, eso es cosa del futuro. Ella llora y me dice que no importa, que cuando era mayor y ellas ganaban más dinero o tenían mejores trabajos esperaba verlas despedidas, teniendo que sobrevivir con la mitad de dinero e incluso suplicando su ayuda.

Señala al televisor, hacia un grupo de soldados desarmados que desfilan con el puño en alto mientras son custodiados por hombres cansados subidos a vehículos todo terreno. Ahora ellas están allí, quizás muertas, y no puedo dejar de pensar que es culpa mía. Que yo debería estar allí compartiendo su destino.

La culpabilidad del sobreviviente.

Ella me da un beso con sabor a salitre, me abraza y cierra los ojos.

¿Crees que algún día podremos volver allí?

Me lo pregunta en un susurro, casi casi una súplica. De la misma forma que debieron elevarse hace siglos los rezos a unos dioses caprichosos e incomprensibles.

Rezos, súplicas o amenazas, no importa. Ellos nos crearon, pero al poco de hacerlo se olvidaron de nosotros como quien se olvida de un juguete nuevo que resulto no ser tan fascinante como parecía en el envoltorio.

Un plan para cada uno de nosotros

Todo ocurrió la noche antes de Navidad, lo recuerda con la precisión que empeñan los borrachos crónicos al contar sus mejores historias. Los ojos, pequeños y escondidos, emiten un brillo enfermizo de lujuria al remembrar los detalles, y sus dientes, rotos, marchitos y ennegrecidos, se esfuerzan en dibujar un amago de sonrisa.

Todo pasó contra la tapia de un convento donde una monja agustina recoleta, embutida en una pesadilla de ropajes color crema, le hizo la mejor mamada de su vida. Guiada, al parecer, por el único propósito de estar más cerca de su Dios en lo que debía ser la versión moderna de lavarle los pies a los tullidos y dar de comer al hambriento.

El no creía en ningún Dios hasta este ese día, nunca había tenido motivos para hacerlo. Todas esas súplicas emitidas esperando la carta ganadora, cada uno de los rezos pidiendo salir del banquillo de la vida simplemente no habían tenido respuesta. Si nadie contesta al otro lado es absurdo seguir llamando, ¿no?

Ahora ya no puede estar tan seguro.

Tampoco es capaz de escuchar el frufrú de las monjas que reparten la comida cada Miércoles en el comedor social sin tener una erección. Incluso me muestra una biblia que ha robado de la biblioteca municipal y que cada noche repasa una y otra vez intentando buscar respuestas. ¿Respuestas?, le pregunto. Respuestas, me contesta sosteniendo la biblia de bordes dorados en alto.

Su vida es la vida de nadie. Vive en la calle desde que tiene memoria, y apenas si le quedan jirones inconexos de cuando le pusieron un fusil entre las manos y le mostraron el rostro de un enemigo al que nunca había visto antes. En realidad apenas recuerda gran cosa de todo aquello, pero guarda un tatuaje por cada pesadilla pasada en aquel infierno.

Pero aún así hay cosas que te hacen dudar y creer en un orden superior, ¿Verdad? No sé, una especie de plan, algo que le de sentido a todo esto.

No espera mi respuesta, me quita con elegancia el cigarrillo que acababa de encenderme, me da las gracias por las monedas y sigue su camino empujando un carrito robado en algún supermercado y lleno de objetos imposibles. Lo último que veo es su silueta en dirección a la avenida donde le espera el ruido de los coches y otro largo día de caminar sin rumbo.

En cada sucia esquina de esta ciudad, hacinados bajo toneladas de cartón, miseria y olvido, conviven los locos y los profetas. Cada uno de ellos prepara a su manera una revolución que nunca llega, y por mucha atención que prestes a sus historias no tendrás forma de distinguir quiénes son los unos o los otros.

Será tan sencillo como esperar a ver las calles arder. Ese día sabremos sin duda alguna que se han cansado de esperar respuestas.

el juego

Hay algo de valentía suicida en escalar una montaña con el único impulso de ver lo que hay al otro lado.

Para verlo, y ahí reside el truco, con tus propios ojos.

Los dibujantes de mapas nos hablan de dragones y abismos al otro lado; por eso han plagado el camino de señales de aviso y precaución, porque quieren lo mejor para nosotros. Los poetas describen hermosas puestas de sol entre oleajes llenos de espuma, pero es difícil creerles porque dicen lo mismo sobre cualquier cosa que tengan delante.

Los locos, por su parte, te dicen que tranquilo, que sólo es un juego, que no pasa nada por salirse del rumbo porque siempre existen alternativas. Puedes incluso volver al punto exacto de partida sin haberte perdido nada importante. Pero es difícil escucharles porque les encerramos en sitios enormes donde poder perder sus voces para siempre.

Nos educaron para formar parte de algo más grande, para sentir miedo al subir ese camino que lleva a lo alto de la colina. El rebaño es la anulación y es esclavitud, pero es la seguridad de lo conocido. La certeza de no estar nunca equivocado cuando tu balido se una al de otras muchas gargantas que emiten exactamente en el mismo tono y frecuencia.

querido amigo

Últimamente estoy teniendo pequeños achaques. No es nada grave. Nada importante pero, me fastidia. De repente una mañana me levanto y me duele la cabeza, o tengo lumbago, o ando medio mareado por las dichosas cervicales. Dolores pequeños y constantes. Difusos pero persistentes. Tonterías que me hacen cancelar citas que, en principio, eran importantes, o llegar un poco más tarde al trabajo o directamente no llegar. Como si cada vez me costase más mantener el equilibrio entre la salud y la enfermedad, como si de un tiempo a esta parte anduviese decantándome peligrosamente más de un lado que de otro.
Y eso afecta también a mi humor. Se me está poniendo un carácter francamente difícil de llevar, de aguantar, de tolerar. Un humor de perros que se ceba con el primero que se pase un poco de la raya o que simplemente no haga la cosas como yo creo que se deberían de hacer, es decir, perfectas. Perfectas a mi modo de ver, claro, que muchas veces no coincide con el de los que me rodean. Además, no salgo nada. No piso la calle más que para trabajar. Los fines de semana, es decir, los domingos, se me van en un suspiro, casi sin darme cuenta, de manera que tengo la sensación de que el tiempo transcurre de una forma muy rara, rápido y lento a la vez. Rápido si pienso en todas las cosas que estoy dejando de hacer, en todo lo que me estoy perdiendo. Y lento, lentísimo, por el tedio de unos días monótonos y pegajosos. A veces, algunos sábados por la noche sobre todo, miro la agenda del móvil e intento buscar un número, un mar donde lanzar una botella con mensaje. Siempre acabo desistiendo al minuto por aquello de mantener la compostura, la imagen, la reputación. Coñazo de imagen, de compostura y de reputación. Me quedo en casa. Escribo. Veo la televisión. Esa es otra. Es terrible encender la televisión. Los debates, las mesas con contertulios tan puestos en todo que acaba uno sorprendido con que unos pocos puedan saber tanto de todo. Y la violencia emocional que se practica en casi todos los programas. Es terrible, de verdad. Los telediarios tampoco arreglan el asunto. El país está hecho unos zorros. El mundo en general parece un barco dirigido por un capitán suicida o adicto a alguna droga dura. Dan ganas de saltar por la borda, aunque sepas que puedes morir en las aguas congeladas del atlántico, o ser devorado por tiburones en las del pacífico. Qué más da. Una muerte rápida, al menos, y no esto, que parece que no se va a acabar nunca, por mucho que cada dos días aparezca en la apertura de todos los informativos alguna autoridad europea diciendo que sí, que para el 2014, para ser desmentida, a los dos días exactamente, por otra autoridad, también europea, que lo alargará un año más, y así sucesivamente. Es terrible leer la incertidumbre en las caras de las gentes. Porque además nos las muestran todos los santos días en todos los medios de comunicación, como si quisiesen torturarnos, como si no fuese suficiente con tropezártelos por las calles, en el trabajo, en todas partes, como si no bastase con el propio dolor para que tomemos también nuestra dosis del dolor ajeno. Cuánta crueldad. Y soy un privilegiado, parece. Tengo todas mis necesidades básicas cubiertas. Todos dicen que soy un privilegiado pero, creo que voy a partirle la cara al próximo que me lo repita, por lo del humor de perros, y porque estoy hasta los cojones de que me digan la suerte que tengo y lo privilegiado que soy.

De modo que, me duele. Me duele todo últimamente. Suave pero constante. Me duele todo.

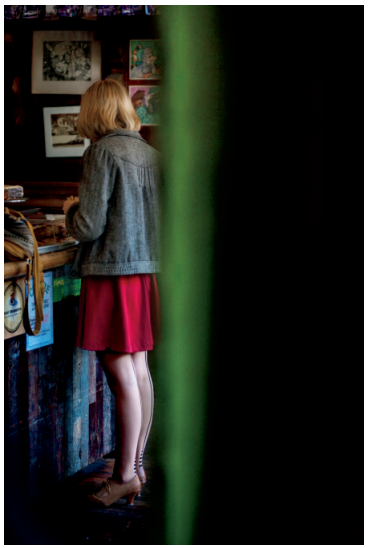
nada sin ti

Lo noto nada más poner la llave en la cerradura: la presencia liminal de un rastro que daba por perdido, pero que sale a mi encuentro como si el tiempo se hubiese negado a cumplir su pacto de olvido sobre todo lo que dejamos atrás.

Es fácil seguir tu presencia de silfo a través de los pequeños detalles que has dejado desperdigados, listos para ser reconocidos por la persona con la que compartías todas esas pequeñas ceremonias de lo cotidiano. En la cocina, el olor de ese té con sabor a canela que ya nunca tomo, pero sigo comprando en tu memoria. Y una arruga, pequeña y casi indistinguible, en el cojín en la silla la lado de la ventana.

Te gustaba pasar las tardes allí, refugiada tras un libro, o la mayoría de las veces mirando hacia los coches, la gente y el palpitar de una ciudad que nunca dormía. En los días de lluvia te veía trazar sobre el vidrio empañado ridículos sombreros sobre los edificios de oficinas, y cuando volvía del trabajo los dos contemplábamos una ciudad de metacrilato creada a escala para nosotros dos. Una metrópoli llena de los ecos de los pasos orgullosos de aquellos que llegaron aquí llenos de esperanza, y fueron engullidos por un leviatán que necesita estar en perpetuo movimiento para seguir con vida.

Recorro los casa sin buscarte porque sé que ya no estarás aquí. Tengo una pequeña vida de autómata, mis horarios y mis lugares son tan predecibles que hace horas que ya te habrás marchado, pero busco la pequeña pista que siempre me dejas: a veces una sonrisa triste dibujada con pintalabios en el espejo del cuarto de baño, otras la colección de figuritas de la estantería haciendo un pequeño belén.



Esta vez acabo en el dormitorio, donde te descubro en un par de cabellos bajo la almohada y un libro con un hoja doblada al inicio de una historia. Es el cuento de una niña que quemaba cerillas para buscar el camino de vuelta al hogar. Cada cerilla, nos acaba explicando el libro, representaba una esperanza que ella debe hacer arder para intentar encontrar el camino correcto, pero al final la niña contempla acercarse en la oscuridad sus peores pesadillas y ya no tiene ninguna cerilla por quemar.

Devuelvo la esquina doblada del libro a su posición y lo deposito de vuelta a la estantería. Casi sin darme cuenta, sin pausa entra una acción y la siguiente, me encuentro con un teléfono en la mano, recorriendo el teclado hasta dar forma a un número que creía desterrado.

Al otro lado reconocí la voz de tu padre.

Cuando le pregunte por ti sólo obtuve su respiración agitada al otro lado, rompiendo suave en un susurro a través del altavoz hasta convertirse, sin previo aviso, en un llanto sólo amortiguado por la línea. Era algo más que un llanto; era una sensación casi física, como si las lágrimas serpenteasen a través del cable para acabar goteando sobre mis pies descalzos.

Me dijo entre sollozos que habías muerto hacía ya seis años. Deberías saberlo, me escupió antes de colgar. *Murió por tu culpa*.

Y allí, a solas en la habitación, rodeado de un montón de retales sueltos de una vida, no podía dejar de pensar que aquellas palabras bien podían ser ciertas.

No subas a ese avión, salgamos de esta mole de cristal y hormigón, busquemos ese hotel del centro que tanto te gustaba y pasemos dos semanas follando como locos. Como si no nos conociésemos de nada o hubiesen confirmado el fin del mundo por la megafonía. Sexo entre especies en extinción, sin concesiones ni promesas y sin más palabras de las necesarias.

Si hubiese dicho esas palabras quizás, sólo quizás, pero ese quizás es principio y final, ella nunca hubiese cogido ese avión ni hubiese obtenido ese gran trabajo que le habían prometido en la otra esquina del mundo.

Sin embargo allí, ante la puerta de embarque, nos abrazamos en silencio y antes de soltarme me dices que siempre te acordarás de mi. Que no hay distancia suficiente para borrar las huellas que hemos dibujado juntos.

Hace cinco años de aquella despedida y apenas he sabido nada de ti. Sigo tu rastro en una búsqueda a ciegas a través de redes sociales y aburridos boletines de empresa en los que me dicen que has triunfado. Te veo en la página de la compañía rodeada de gente muy importante, y sé que has dado una conferencia en Berlín por una fotografía de un congreso en el que fuiste ponente. La gente parecía feliz allí, posando sonrientes con alguna bebida en la mano, pero tu no salías en ningún lado. Te imaginé detrás de la cámara, huyendo siempre de salir en alguna imagen como si no quisieses dejar nada que te sobreviviese tras de ti.

He recibido un correo tuyo en el día de año nuevo. Me dices que sales para París, que te has casado y que todo es extraño, que la vida es extraña y no hay plazos ni rutas ni planes porque ella impone sus propias reglas. Se dicen cosas, se crean pactos y se rompen promesas en un continuo ir y venir que no es más que mera supervivencia. Creíamos que estábamos vivos y apenas estábamos atrapados en un largo insomnio.

Al final del correo encontré tu foto favorita, la habías tomado el último verano que estuvimos juntos y la reconocí al instante; era una foto robada a un grupo de personas que miraban hacia un mar que parecía no tener principios ni finales. Te llamaron la atención porque allí, sentados al sol como un grupo de lagartos perezosos, te recordaron a un cuadro de Hopper que habías visto en un libro.

A veces te sentías así, me dijiste antes de guardar la cámara en la mochila, atrapada dentro de un cuadro de Hopper. Después seguimos en silencio mirando el azul infinito del mar y tarde años en comprender lo que intentabas decirme aquel día.

Te echaré de menos, te despides en el correo, a mi y a ese sol que parecía haberse puesto para nosotros en aquellos días llenos de azul, de salitre y de silencios compartidos. Ahora todo es extraño, repites, y yo asiento en la oscuridad de mi habitación en un gesto mudo dirigido a un puñado de sombras que dibujan historias en los rincones.

Miro el teclado y me asusto al ver las teclas convertidas en un puñado de criaturas feroces que gruñen y arañan las yemas de los dedos haciendo imposible la respuesta.

En la postdata me copias un párrafo de uno de esos libros que siempre viajaban contigo: *Da igual lo mucho que lo intentemos, nunca seremos todas esas cosas que se supone deberíamos ser: el buen padre, la madre comprensiva, el amigo fiel o al amante experimentado. Nos pasamos toda una vida viviendo las vidas de otros, creyendo que estamos vivos cuando sólo estamos atrapados en un largo insomnio.*

Antes las cosas era más difíciles pero más sencillas.

Repite esa frase al menos otro par de veces mientras se asoma por la barandilla y me traza una geografía de una ciudad desconocida para mi. Allí había fábricas, dice, talleres y un enorme cine donde ahora vemos un hotel para ejecutivos ajetreados. Recorre con la mano el paisaje y todo parece cubrirse por una pátina de quebradizo blanco y negro. Antes las cosas eras más duras, pero más sencillas, concluye otra vez dejando el final de la frase en suspenso.

Me alcanza un refresco que saca de una neverita portátil a sus pies y me dice que me lo tome con calma: ella saldrá en cualquier momento y podremos marcharnos a disfrutar de la tarde de Viernes.

Cuando se sienta de nuevo en la silla lo hace con muchas maniobras y un infinito cuidado. En algún punto de esa fotografía en blanco y negro que acabamos de recorrer su pierna quedo atrapada bajo una columna de dirección, un cigueñal o algo increíblemente pesado perteneciente a un camión de cuatro ejes. Cuando pudo volver a trabajar, tras un rimero de operaciones, le sacaron de la línea de montaje para ponerle al frente de las oficinas donde se enterró entre montañas de papeles sin clasificar.

Más tarde, en esas mismas oficinas, tendría un ataque al corazón que no le mato pero le arrebató la bebida, el tabaco y le otorgó una prejubilación directa a esta terraza del octavo piso donde pasa el tiempo bebiendo cervezas sin alcohol, masticando unas raíces amargas con forma de palito que cuelgan de su boca y contemplando una ciudad que ya no existe, o que quizás sólo existió en su imaginación.

Me cuenta que hace unos años volvió a encontrarse con el contratista de la factoría y brindaron por los viejos tiempos en la fábrica y en el ejército. La ciudad, agotada, se hundía sobre si misma y un puñado de amarillos en la otra esquina del mundo levantaban sus fauces hambrientas, retando al nuevo viejo mundo con sus flamantes fábricas recién construidas y su mano de obra barata. Debimos matarlos cuando tuvimos la oportunidad, fue lo último que se dijeron antes de despedirse con un apretón de manos.

El viejo intuía cercana la muerte y tan sólo quería sentirse útil haciendo lo que mejor sabía hacer: camiones. Enormes tráileres de cuatro ejes que cruzaban el país rugiendo en carreteras desiertas. En cada uno de ellos, hasta en el condenado que me destrozo la pierna, había algo mío.

Algo de lo poco bueno que he hecho en la vida.

Cuando su mujer y su hija supieron que quería volver a la fábrica corrieron revoloteando como gallinas cluecas y le trajeron de vuelta a aquella terraza. El médico y ellas lo tuvieron claro desde el principio: cuando tienes un ataque la vida queda suspendida en una larga espera hasta que llega el siguiente. Y hasta entonces sólo puedes ir componiendo una barricada de cervezas vacías y días perdidos.

Atrincherado en espera del próximo golpe.

A veces teníamos suerte: nos lanzaba con un guiño cómplice las llaves del coche y sabíamos entonces que ella podía volver un poco más tarde. Nos acercábamos a los centros comerciales situados en las afueras de la ciudad y allí, perdidos entre una masa indiferente, apenas éramos dos puntitos más brillando sin fuerza, pero nos sentíamos tan únicos y especiales como si alguien hubiese encendido una estrella con nuestro nombre y cada noche vigilase que siguiese encendida.

El final de nuestro recorrido siempre acababa en los cines. Reuníamos algunas monedas y mirábamos la cartelera mientras ella fingía poner las poses y los gestos de sus actrices favoritas. Nunca la vi tan hermosa como en esos breves instantes.

La vida era ya entonces una larga espera entre un golpe y el siguiente, pero entonces no teníamos forma de saberlo. Un día, esta ciudad que tan bien conocíamos, nos resultaría extraña y amenazadora, un recuerdo fugaz de tiempos mejores. La vida cómoda y tranquila que entonces veíamos como una consecuencia lógica a nuestros esfuerzos acabaría por ser una lucha constante contra algo que ni tan siquiera podíamos intuir.

Creo que aquel viejo de la terraza, al lanzarnos las llaves del coche, quería decirnos que todo eso llegaría, y no podríamos hacer otra cosa para posponerlo que acumular un buen puñado de recuerdos para ir quemando cuando llegasen las noches frías. Las noches en que el viento susurraría nuestro nombre y acumulásemos un sinfín de horas perdidas en una terraza en espera del siguiente, y quién sabe si definitivo, golpe.

Antes las cosas era más duras pero más sencillas.

Pero ya no habría nadie para escucharnos.

Puedes pasarte toda una vida aventando remolinos o deshojando margaritas, pero al final nada sirve para nada. Una vida entera huyendo de la tragedia y toda esa carrera era sólo para caer de bruces entre sus brazos. La tragedia se decide en un lugar y una hora que no admite retraso alguno, no importa lo que estuvieses haciendo al ser convocado ante ella.

Los dos guardamos silencio ante su cadáver, yo arrodillado y él de pie alternando nervioso su peso, ora sobre una pierna ora sobre la otra. Ambos lo miramos en silencio como si hubiese algo que estuviese en nuestra mano para que el muerto fuese algo menos real; intentamos no romper ese instante en el que cualquier palabra que digamos nos obligará a reconocer su muerte.

El lugar elegido para la tragedia permanece ajeno a ella; es una constelación azul y verde salpicada por una miríada de dientes de león recién florecidos. Parece que su cuerpo, ya cansado de vivir, eligió este lugar sabiendo que en condiciones normales jamás nos habríamos detenido un instante para admirarlo.

En sus delirios había visto el futuro y había vuelto para decirnos que no quedaba esperanza alguna para nosotros. Después de eso ya apenas dijo nada hasta que murió con la mirada febril fija en nosotros mientras nos ordenaba parar y se tumbaba bocarriba con infinito cuidado. Eso es lo último que nos dijo, que quería mirar el cielo y beberse a bocanadas el aire del atardecer cargado de olores a pino y romero.

Me da un golpe en la espalda, casi un gesto de cariño, y me dice que debemos movernos. En dirección a un norte que señala de forma imprecisa con la mano apuntando a algún punto del horizonte. Dice que conoce gente, que estaremos bien, pero el muerto nos sigue mirando con un mudo reproche y nos hace dudar de nuestra huida.

Coloco sus manos sobre el pecho e intento buscar alguna oración que le guíe en el camino que acaba de emprender, pero soy incapaz de recordar si creía en algo. En realidad es difícil saber si alguno de nosotros, alguna vez, logro creer en algo. Te echaré de menos, es lo único que digo antes de levantarme.

Su cuerpo comienza a llenarse de bichos e insectos que reclaman su posesión de lo que ahora son sus dominios. Su rostro ajado, la ropa que cuelga sin gracia, todo empieza a tener ese aspecto de cosa amorfa y sin vida. Pronto todo aquello que fue y aquello que pudo haber sido sólo será un recuerdo en la memoria de los vivos.

Ahora somos los guardianes de sus recuerdos, los responsables de que su muerte no haya sido en vano.

Mi jefe se busca en los bolsillos de la americana hasta encontrar un puñado de papeles arrugados. Son los mismos folios que llevamos viendo desde hace años y que, como en un truco de magia gastado y fácil, saca a relucir cada vez que jubilan a alguien.

Lo única tarea que le resta a mi jefe ahora es tratar de recordar el nombre de la víctima para rellenar los huecos entre el resto de frases que lleva siglos repitiendo. No sería difícil si se hubiese molestado en aprender nuestros nombres.

El resto de nosotros nos movemos brownianos por el gran salón, haciendo y deshaciendo grupos por puro azar, y en cada uno de esos grupos a los que me acerco siempre encuentro a alguien contando su GranHistoria™, todos tenemos una; necesitamos algo que nos justifique esa gran sorpresa de seguir vivos. Alguna experiencia que, con las suficientes dosis de autoengaño y paramnesia, dote de sentido a existencias vacías y miserables. Historias envasadas, listas para ser repetidas como canciones en boca de borrachos insomnes y que a modo de mantra vayan calando en nuestro subconsciente hasta resultar creíbles para nosotros mismos.

Detrás de mi, una chica de organización nos vuelve a contar cuando estuvo a punto de morir durante el parto de su segundo hijo. He visto al niño las suficientes veces como para saber que no es alguien digno de tanto sacrificio, pero ella intenta dar algo de sentido al momento más importante de su vida, nadie quiere jugarse la vida para engendrar un capullín engreído. En realidad casi no prestamos atención a esas Historias, nos las sabemos de memoria y ni cuando eran nuevas nos importaron demasiado. Sin embargo las escuchamos en respetuoso silencio porque en cuanto se produzca una pausa intentaremos dar paso a las nuestras.

Ninguna religión nos dejará nunca en manos del azar ni nos dirá que nuestras vidas son un gasto inútil. Las vidas de nadie, un puñado de existencias anónimas que apenas sirven de attrezzo para que las pocas vidas extraordinarias puedan brillar con más fuerza.

El tipo que tengo a dos mesas en la oficina te dirá que ha construido un barco con sus propias manos, un montón precario de madera que a punto estuvo de matarle en la primera salida que hizo. A ese otro compañero que me saluda con la cabeza le falta un testículo. Intentó hacer de eso su GranHistoria™, pero no tuvo mucha suerte con ello porque a nadie le interesan ese tipo de cosas, y al final sólo será recordado como un capullo al que le falta un huevo. No hay ninguna épica en ello.

Soy el responsable de IT, el encargado de administrar y filtrar toda vuestra basura digital. Mi pantalla se deshonra con vuestros correos, estados de facebook y extractos bancarios. He leído vuestros mezquinos acuerdos de divorcio y conozco los nombres de vuestras amantes y su rosario de excusas pueriles. Cuando me cruzo con vosotros en el ascensor no veo vuestras caras, sólo sois el contenido de aquello con lo que os masturbáis. Vuestras vidas perfectas desfilan ante mi cada día y, creedme, no valen ni el espacio que se tarda en contarlas.

Mi jefe, por fin, ha logrado dar con el nombre del tipo al que vamos a ajusticiar y golpea un par de veces el micro hasta que todos guardamos un silencio de funeral. Nos presenta al protagonista de la velada que esboza una sonrisa forzada y triste, la sonrisa de quien intuye que se le acaba el tiempo y que

acabará siendo como esos viejos leones que han perdido la fuerza y el empuje de sus mejores tiempos y quedan condenados a merodear entre la manada luciendo sus cicatrices, a merced de los leones más jóvenes que les retarán y medirán constantemente. Sin tregua, obligados a pelear cada centímetro de territorio hasta que, vencidos, abandonan la manada en busca de un lugar donde masticar su amargura en soledad.

Ese es, a grandes rasgos, el contenido del discurso.

Cuando acaba nos acercamos al filo de la media noche y algunos miran sus relojes y bostezan sin disimulo cansados de aguantar la farsa. El tiempo se nos va comiendo y dos cuerpos desesperados se lanzan a bailar la canción de moda en el centro de la pista. Se han cansado de esperar ese ciego golpe de suerte que nunca llega y han decidido atacar un baile agónico antes de firmar la rendición definitiva.

Intentan parecer alegres y desenfadadas, pero bajo el maquillaje se vislumbra un rictus serio de pura concentración y cercos de sudor bajo la ropa. Es un S.O.S lanzado en medio de un campo de icebergs que parece destinado a no encontrar receptor hasta que dos tipos de contabilidad, animados por el alcohol y la cercanía de presas débiles, inician su propio ritual de acercamiento desde la otra punta de la sala poniendo todo su empeño en resultar atractivos para las hembras situadas al otro extremo.

No tenemos piedad de los caídos. Cientos de móviles con cámara se levantan hacia los inesperados protagonistas y graban como en un documental de la vida diaria ese extraño y triste ritual de apareamiento. Mañana los servidores de correo zumbarán como locos colapsando la red de fotos y vídeos de la ceremonia y sus actores quedarán marcados para siempre.

Somos peores que hienas.

Nos gusta la humillación, levantamos ídolos sólo por el gusto de verlos caer y nos negamos que mañana podemos ser nosotros las víctimas de la que siempre ha sido nuestra actitud. Pertenecemos a esa generación que esconde sus ansias de venganza bajo toneladas de tecnología, todo muy limpio, todo muy aséptico. Nadie da la puñalada, nadie se mancha de sangre y los cadáveres parecen brotar por una voluntad divina ajena a nuestros actos.

Mañana, a las doce en punto, cuando todas las impresoras de la empresa comiencen a vomitar el contenido de vuestros discos duros, quizás comprenderéis de que estoy hablando.

Cuando desaparecí

Ojalá la amnesia te dure mil años y no tengas que preguntarte nunca por el tiempo pasado a mi lado.

Ojalá nunca me pases la factura por todo lo que me has dado, porque sé que no te lo podré pagar. Mis bolsillos están casi tan vacíos como mi cuerpo, y ya es tarde para comenzar la búsqueda de luces redentoras.

La luz del alba lucha por abrirse camino entre las cortinas de la habitación. En el exterior, más allá de la inmensidad de asfalto del aparcamiento del motel, la verbena agoniza y la música se va apagando, dejando en el aire el olor de aceite quemado y de colonias caras que intentan tapar nuestra podredumbre. El viento mueve ocioso un puñado de prometedoras papeletas de tómbola que, como todas las promesas, resultaron falsas, aunque parecían jodidamente reales cuando las anunciaban hombres roncos acompañados por actrices fracasadas de eternas sonrisas.

Me subo la bragueta lentamente. Estamos en esa imprecisa hora del día en el que las cosas aún funcionan y no se han lanzado cuesta abajo en una carrera suicida. Nos queda algo de tiempo para creer en las viejas palabras, el amor, la amistad, y el prometedor futuro de radiante sonrisa y brazos siempre abiertos.

Recojo lentamente mis cosas desperdigadas por el suelo. Aún sigues dormida: tu rostro de dulce princesa es ahora un boceto de un ceño fruncido, el rostro de una niña que no ha conseguido llegar a las galletas de lo alto del armario. Pareces aún más hermosa.

Hurgo en mis bolsillos y descubro el sobre arrugado, un puñado de palabras que al juntarlas entonan una despedida y que rasgo en tres trozos antes de volver a llevarlo al bolsillo. Ya ves, mi niña, soy un cobarde, sé que no nos volveremos a ver y me niego a reconocer lo que es esto: una despedida.

Miradme bien, soy el eterno aspirante a ganar por puntos el combate. El perfecto actor secundario; cuando acabe la película y aparezca la palabra fin, ni tan siquiera os acordareis de mí.

Miradme bien, porque ahora es cuando desparezco, y ese es mi mejor truco. Sólo lo haré una vez, bueno o dos, o tres...

Tampoco es tan difícil.

La niña que contaba estrellas ha crecido hasta convertirse en toda una mujer; un largo proceso sin memoria del que apenas había sido consciente, pero que le había dejado ante esa dulce rendición de quien ya no busca respuestas y acepta como ciertas e inmutables un puñado de ideas que tiempo atrás resultaron indefendibles.

Ahora trabaja en la gran ciudad, en un edificio enorme de cristal y hormigón junto a otras trescientas veintiocho personas que aporrean, como ella, otros trescientos veintiocho teclados grises idénticos. A pesar de estar allí encerrada más horas que en ningún otro sitio que recuerde, sólo diez de esas trescientas veintiocho personas saben su nombre, y apenas cinco de ellas algo más, muy poco más, de su vida. Están demasiado ocupados con sus extrañas tareas como para intentar hacerse preguntas. Nadie sabe lo que ocurriría si algún día dejasen de escribir sobre sus teclados grises, pero intuyen que debe ser algo terrible y por ello se entregan con abnegación a sus pequeños trabajos.

Al caer la noche emprende el camino hacia las afueras. Tirada en el último vagón acalla el grito de su corazón repitiendo como en una letanía creada para espantar a los monstruos del armario que se encuentra en el camino correcto, el camino duro pero recto que acabará en algún sitio. Imposible conocer el donde o el cuando, pero será algún sitio, eso seguro.

Siempre se llega a alguna parte si se camina lo suficiente.

A su alrededor la ciudad se va desmoronando, los edificios cada vez se encuentran más distantes y son más bajos, apenas un boceto de las grandes torres que ha dejado atrás. Entre los huecos de los bloques de viviendas se ven coches abandonados y, entre ellos, niños que escalan y luchan sobre los restos quemados. Aún no comprenden que la vida es una lucha continua, pero de alguna manera ya se preparan para un combate que durará tanto como sus existencias.

Siempre llega a casa con la cabeza gacha, sintiendo como la arena del reloj que son todas las vidas, recorre sus entrañas en un mudo reproche. Por eso, en cuanto escuchamos el ruido de la cerradura, corremos hacia la puerta y esperamos entrenando nuestras mejores poses de indiferencia. Siempre nos saluda en orden, primero al macho enorme y atigrado que recogimos hace tres meses y a mi en último lugar. Pero no me importa esa jerarquía porque siempre guarda las mejores caricias para mi.

Me levanta del suelo por las patas delanteras y me frota el hocico con su nariz mientras me habla con palabras sencillas. Noto el olor de su tristeza mezclado con tabaco y sudor. Es fácil adivinar que ha tenido otra de esas reuniones eternas donde un montón de gente intenta hacerse indispensable a costa del trabajo de otros.

Ella me repite un montón de cosas bonitas y yo me limito a bostezar, no es bueno que nuestros humanos sepan lo mucho que nos preocupan, pero cuando me deja en el suelo juego un rato con los cordones de los zapatos porque sé que eso siempre le arranca una sonrisa.

Después de cenar, ella se queda un rato mirando por la ventana. Cada vez pasa más rato en esa posición, con los ojos fijos en un paisaje sucio y sin gracia de luces supersónicas y sombras fugaces que siempre parecen estar de paso. Pero ella no se fija en nada de todo eso, sin decir nada, casi sin respirar, espera que alguien le entregue las alas que le permitan dar el salto definitivo.

Un puñado de mierda

Teníamos un plan. Un buen plan. O lo parecía. Procedía de un lugar y un tiempo distantes. Un residuo espectral de aquellos maravillosos tiempos revolucionarios en que cuantos anhelaban el cambio de una manera programática, ingenua, alocada, imperdonable, subestimaban cómo el político de turno o, en el peor de los casos, la humanidad al completo, destrozaría sus ideas más nobles y las convertiría en una farsa trágica. Como si la artería, la debilidad, la estupidez y la corrupción humanas no tuvieran una sola posibilidad contra lo colectivo, contra el poder de la gente que, unida, con espíritu de equipo, se esforzaba por renovar sus vidas y abolir la injusticia.

Y es curioso porque, tampoco ha sido necesario el transcurrir de un siglo para que muchos hayamos comprendido ya que todo lo que nos incitaba a seguir adelante era un accidente. Como si nunca hubiese habido un plan o como si hubiésemos tenido una altura espiritual o ética o moral inadecuada para el lugar en el que nos encontrábamos. No ha transcurrido un siglo, no. Apenas unos meses, unas semanas, quizás, para adivinar cuál era la hoja de ruta oficial y dar fe de que, efectivamente, más que un instrumento de la historia para rectificar los errores de la sociedad, o, más explícito, de la inefable clase política que nos parasita, hemos sido un instrumento de los de siempre, de ellos, de los que se creen los amos del mundo aunque no lo sean, porque los amos seguimos siendo nosotros, para que sus deseos se ejecuten como desde el minuto uno estaba previsto. Por ello, tal vez, la comprensión ya no es el fundamento sólido de nuestras decisiones, más bien la desesperación y la capitulación. La desesperación de subirse a un autobús que, quien lo fleta, quien lo trae hasta nuestra puerta como haciéndonos el favor, como si de su propio bolsillo hubiese salido la pasta que un macroautobús (¿aquí todo es macro?) debe costar, dice que va a un lugar pero, vete tú a saber, igual miente otra vez y va al mismísimo infierno que, como todo el mundo sabe, ese sí es el lugar idóneo para capitular o, como diría mi amigo Joan, para hacerle el caldo gordo a quien la grandeza de la democracia permitió dirigir la orquesta.

Por eso he decidido que no me subo. Porque teníamos un plan. Un buen plan. Importante y lleno de sentido. Y en él, claro, nadie dijo que tuviésemos que ser cómplices de la estupidez y la corrupción de otros.

Ella buscaba al último tipo que le hizo daño y ha llegado hasta mi cama. No pasa nada, me dice, esta vez todo será distinto.

Se quita la ropa despacio en un ritual que tiene siglos de antigüedad y se sitúa encima de mi aplastando mis hombros contra el colchón.

Me gustaría pensar que cuando nos conocimos, hace unos meses en uno de los controles de población, ninguno de los dos lo había planificado. Que la nuestra era sólo una de tantas historias que nacieron para no ser contadas, pero que acabo siendo algo más grande que nosotros mismos por intervención del puro azar, el destino o la mala suerte.

Ella quería volver a vivir en el cinturón de grandes torres cuya sombra se proyectaba vigilante desde cualquier esquina. En cada barrio, en cada edificio atestado o a la salida de las grandes fábricas, esa umbría nos recordaba con mucha mayor precisión que los controles o los monitores de las calles la omnipotencia del sistema.

Esos inmensos rascacielos eran el área gris que figuraba en todos los mapas como el área metropolitana, y sólo con ese nombre ya nos recordaban lo poca cosa que éramos nosotros en comparación con el Olimpo de los elegidos. Ellos, los que gozan de electricidad a cualquier hora y de agua caliente con tan sólo abrir un grifo y nosotros, los que padecemos enfermedades ya erradicadas y hacemos largas colas para justificar y contabilizar nuestras míseras existencias.

Ella quería volver al paraíso perdido y yo era la pólvora mojada de su última bala. Me explica el plan mientras limpia los filtros para depurar el agua del desayuno. Allí, en las torres, hay restaurantes que te sirven a cualquier hora zumos y comida de verdad, nada de la basura preprocesada y las píldoras con vitaminas que tomamos todos nosotros. Lo sabe porque fue uno de los pocos elegidos que pudo vivir en aquella Arcadia de cristal y hormigón.

El precio de aquel sueño dorado fue empeñar su vida en trabajos de los que nunca quiere hablar y que le dejaron un reguero de cicatrices que cada noche recorro en la penumbra de nuestra habitación. Algunas con forma de profundos surcos, otras pequeñas y abultadas como pinchazos epidérmicos.

Cuando recuerda todo aquello su gesto se muda en una expresión sin tiempo ni edad, y se lleva, en un gesto mil veces repetido, la mano hasta el cuello. Hacia la llave software que cuelga de el. Es algo más que una llave metafórica, porque en su interior pululan un puñado de ceros y unos formando las contraseñas de todas las grandes compañías para las que había trabajado en esos años.

La última parte del plan soy yo, pero sólo si logro terminar de montar la Puerta que ahora mismo son un puñado de cables desperdigados por el suelo y conexiones a medio hacer. Cualquiera podría diseñar una Puerta siguiendo las especificaciones de los manuales, incluso en algunos centros de enseñanza hacen versiones casi operativas de una. El verdadero problema es hacer

una invisible cuando accedes al Sistema.

Es difícil precisar cuando cambiaron las cosas, pero en algún momento los gobiernos, cada vez más débiles y corruptos, fueron cediendo el terreno a las grandes corporaciones. Primero el terreno físico, levantando imponentes moles de hormigón y desplazando cantidades ingentes de personas cada vez más lejos de las ciudades. Después el terreno intangible, lo que entonces se llamaba la Red, el Sistema, en el que impusieron sus propias reglas, mero reflejo de un mundo físico que ya controlaban, y lo convirtieron en su terreno de caza. El lugar donde nos identifican y cosifican para convertirnos en estadísticas; cuando juntan muchas las transforman en una tendencia, y una tendencia es algo de lo que ellos siempre logran sacar dinero.

Hace unos diez años habría sido sencillo clonar una puerta, conectarse al sistema y cambiar de id cada pocos minutos, a nadie le importaba. Pero ahora es casi imposible: hay controles y puntos de revisión en cada conexión. No hay manera entrar o salir sin dejar al menos una docena de rastros, pero ella confía en mí, repite cada vez que me ve mover la cabeza escondido bajo la maraña de cables.

Se aferra a un ingeniero acabado con idéntica fe con que lo hace en su colgante, y yo la miro, y veo tantas cosas que pueden salir mal en su plan que ya he dejado de hacerme preguntas.

Ella quiere golpearles en el único sitio que les duele: quiere volatilizar su dinero en un número de magia que nadie ha intentado antes.

A una hora concreta del día menos pensado, una pequeña piedra quedará atrapada entre sus engranajes y hará saltar por los aires un sistema que creímos inmortal. Miles de transacciones económicas desperdigadas por todo el globo entrarán y saldrán de miles de cuentas de todas esas grandes corporaciones. Algunas recibirán mucho, otras quedarán en la ruina, y nadie, ninguna de ellas, querrá devolver el dinero, porque el dinero es la sangre que las mantiene en marcha. La razón última de su existencia.

La consecuencia de todo eso será una guerra a una escala que no podemos ni imaginar. Las corporaciones tirarán de sus hilos y los gobiernos cómplices, atados en el extremo, harán sonar los tambores de guerra e izarán la bandera de la patria en su defensa entonando una coreografía tan vieja como la raza humana. Siempre la patria, siempre las banderas.

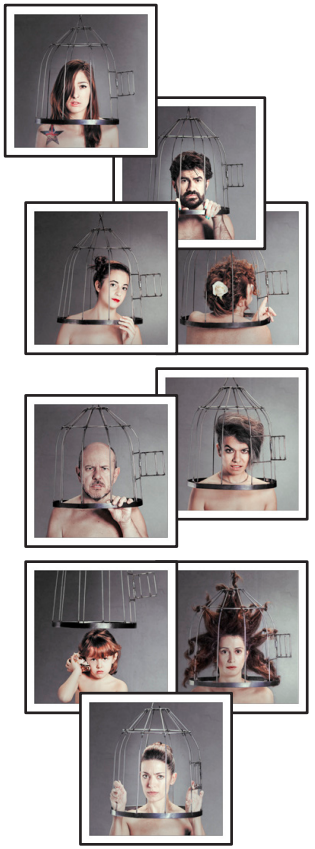
Ella sabe todo eso y me lo cuenta mientras sonríe y mueve las manos creando y derribando, aplastando y golpeando. Me dice que ya no importa, que nuestra última oportunidad fue hace mucho y no supimos aprovecharla. No nos merecemos un segundo intento.

Si lo logramos seremos eternos, ¿no lo ves?

Abre los brazos desnuda ante mi y susurra entre la penumbra que seremos los ángeles destructores de mundos. Los hijos de la ira, cansados y hartos de esperar, rebelándose contra sus padres. Porque, ¿qué alternativa tienen los hijos cuando los dioses han muerto y ya no pueden creer en sus progenitores?

Sólo la ira, la muerte de todo lo que nos es conocido con la débil esperanza de un nuevo renacer. No para nosotros, que es casi como si ya estuviésemos muertos, sino para todos los que vendrán después.

Lentamente tapa cualquier réplica posando su mano sobre mi boca, y sin dejar de hablar acopla suavemente su cuerpo sobre mi pene erecto.



El hermoso ruiseñor entona una bella melodía que es aplaudida con entusiasmo por los humanos situados en corrillo al otro lado de los barrotes. Algunos premian al artista con golosinas que dejan caer por la reja en pequeños trozos que el ruiseñor mira con desdén sin abandonar su canto, por más que ansíe lanzarse sobre ellos. Si algo ha aprendido de los humanos es que no debe demostrar demasiado interés por nada porque entonces ellos encuentran divertido arrebatártelo.

Por eso sigue cantando como si eso fuese lo único importante, y lo sigue haciendo incluso cuando los humanos hace ya rato que se han marchado al interior de la casa y le han dejado a solas en la terraza.

Apenas si se ha fijado en el puñado de gorriones, grises y pequeños como volutas de humo escapadas del infierno, que se han posado en las ramas de un árbol cercano entonando una orquesta desafinada de gritos y chillidos. Saltan de una rama a otra en una especie de juego o de extraño ritual. Parecen intentar superarse en sus giros: llegar más alto, caer más rápido, romper el aire con sus agudos lamentos.

El ruiseñor los mira con desprecio mientras picotea la comida dándoles la espalda. Me tenéis envidia, dice finalmente levantando la cabeza sin dirigirse a nadie en particular. Me tenéis envidia, repite. Mi canto es hermoso y vuestro plumaje parece aún más sucio y gris al lado de mi esplendor. Eso último lo dice ahuecando las alas para que todos puedan apreciar los destellos azulados y amarillos de su pecho.

Los gorriones parecen ignorarle y siguen danzando en el aire como si nada hubiese pasado. De repente, uno de ellos se desvía de las ramas y emprende una caída suicida que le lleva a posarse en la jaula balanceándola peligrosamente.

El pequeño gorrión clava sus diminutos ojos llenos de furia sobre el ruiseñor que ha retrocedido asustado hasta un rincón de la jaula.

Qué envidia puede darnos alguien como tú, escupe, si tu música esta hecha para estrellarse contra unos barrotes, mientras nuestros gritos son un canto de libertad.

Una canción para Carla

La última noche de mi niñez fue la noche en que descubrí que algún día moriría. Esa noche en que mi propia mortalidad se abrió paso ante mis pies la pase llorando aterrado en brazos de mi madre que me abrazaba y susurraba palabras llenas de amor aunque ella apenas entendiese nada.

Desde aquel día ya no hubo lugar para el consuelo en mi vida.

Las primeras fiestas, los estudios que no has elegido, las chicas que iban y venían sin darse cuenta de mi existencia. Ya no había consuelo en nada, era como vivir en un agujero negro que se llevaba consigo cualquier sensación de satisfacción o felicidad.

La primera vez que me pusieron un vodka mezclado con algo entre las manos, mi mundo se eclipso y las cosas empezaron a ir demasiado deprisa, sin apenas control sobre ellas. Sólo eran un puñado de momentos y situaciones que siempre ocurrían de la peor manera posible.

Todas las mentiras, las armas cargadas, tanto caer y levantarse, esa rabia siempre a flor de piel zumbando en la punta de los dedos rogándote, obligándote a que hagas algo, lo que sea lejos de esta absurda inmovilidad de calendario.

Si la muerte era el final inevitable, bramaba cada fibra de mi cuerpo, entonces quizás sería mejor adentrarse de manera definitiva en ella.

Me he despertado en la parte de atrás de un coche rodeado por una tapicería blanca muy bonita, imitando a cuero. Conduce un tipo con bigote al que no recuerdo haber visto en mi vida. Le miro un rato y una galaxia de puntos brillantes se desplaza a través de mis ojos en una cenestesia de dolor. Los cierro de nuevo y en la oscuridad me envuelvo entre una canción triste que sale de la radio y el traqueteo de las ruedas traseras sobre el asfalto.

Todo es confuso y extraño, la vida de otro.

El tipo me mira por el retrovisor y me dice que no me preocupe por manchar la tapicería, no es su coche. Se ríe ante mi cara de sorpresa y me dice que estuvo muy bien, que nunca había visto a alguien tan pequeño con tan poco respeto por su integridad física. Noto la sangre reseca en la labios y palpo un vacío de dolor en donde debería tener un diente.

No me molesto en responder, la vida nos acaba llevando por caminos extraños y todo me acaba pareciendo increíblemente gracioso, como una película llena de chistes gastados y fáciles. Al final no queda otra que lidiar con una vida que no hemos elegido, y lo hacemos con la torpeza de los actores que dejaron de creer en el guión al pasar la segunda página.

Como siempre que siento mi ánimo flaquear busco la cartera en el bolsillo trasero donde imperecederamente, entre billetes y papeles arrugados, aparece tu foto. Una polaroid casi sin color convertida en un pequeño borrón de otros tiempos. Apenas es un boceto de un recuerdo borroso, algo que ya no debería estar ahí, pero al mirarte no dejo de pensar si todas esas cosas estúpidas con las que he llenado mi vida las he hecho sólo para impresionarte. Una forma absurda de gritarte que era especial, alguien digno de ocupar el resto de tu vida, pero tú buscabas domingos comprando en el supermercado, absurdos trabajos de supervivencia y sexo a escondidas para que no nos oyesen los niños y yo sólo esperaba ver un gran incendio por el retrovisor.

No dejo de soñar con la idea de una segunda oportunidad. Ahora, que ya sabemos que no tendremos nuestra Sierra Maestra, que no habrá desembarco alguno en Normandía o nuestro palacio de la moneda en llamas. Ahora, cuando hemos comprendido que no moriremos jóvenes y trágicos en la sierra de Guatemala ni tendremos nuestra historia de amor escrita por Ken Loach, ya nada de todo esto tiene sentido. Es la muerte inevitable quien escribe el guión sin preguntarnos, y quizás ahora mismo, en la siguiente curva, salga a nuestro encuentro.

Y tras nosotros no quedará nada: un gran vacío existencial que intentaremos llenar con un puñado de ideas e ideales que nos prestaron nuestros padres y en los que no podemos, ya no, creer. Es imposible crecer sin matar a nuestros padres, cada generación necesita la ruina y la destrucción de la anterior para poder crecer creyéndose libre.

Mi madre murió aquella noche que pase llorando en su regazo; ya no pudimos volver a mirarnos a los ojos sin ser unos extraños. ¿El resto?, el resto ya no tiene importancia.

Es la vida de otro.

Nuestra historia

Casi todos nosotros, en algún momento de nuestras vidas, hemos marcado en un mapa del mundo los lugares ya visitados. No es algo que nos dure mucho tiempo, es algo que hacemos hasta que nos comprendemos demasiado pequeños y dejamos de intentar abarcar un mundo inabordable. Luego, pasados un puñado de años, nos avergonzamos al encontrar esos viejos mapas olvidados como una promesa rota en los lugares más insospechados, al acecho, esperando encontrarnos con la guardia baja para recordarnos todas aquellas cosas en las que juramos no convertirnos.

También podemos hacer justo lo contrario: conocí a un persona que llenaba el globo con todos los lugares que quería conocer e iba desmarcando los ya vistos. Era una batalla desigual porque el número de chinchetas no dejaba de crecer año tras año al ritmo en que leía revistas de viajes o los protagonistas de los libros que leía incansable se dispersaban por el globo.

En muchos de aquellos viajes estuve yo con mi cámara siempre colgada al hombro, la necesitaba para hacer todo aquello real; era el contable práctico y sin imaginación que coleccionaba lugares para poder poner otra chincheta en un mapa.

Cada vez que nos plantábamos delante de algún monumento sacaba la cámara e intentaba abarcar toda la superficie posible. Él me esperaba fuera de la toma mientras yo encuadraba la torre Eiffel, la puerta de Brandenburgo o ese niño tan feo que orina ante los turistas. Nunca decía nada, sólo sonreía con esa sonrisa que era tan suya que no he vuelto a encontrarla en ningún otro lugar.

Una vez le pregunté el porqué de aquella sonrisa cada vez que hacía una foto. Él se sacó de la mochila un puñado de postales que había estado escribiendo, las coloco sobre la mesa y me dijo: porque para hacer esas fotos es mejor comprar una postal. Ves esto, me enseña una foto de la torre Eiffel, ¿de verdad crees que podrás hacer una foto distinta, no mejor ni peor, a las miles de fotos que ya han sido hechas de ese enorme pararrayos? pero, ¿ves esto?, posaba su dedo sobre una pequeña mancha totalmente fuera de foco en una esquina, quizás sea una bolsa de plástico o un periódico abandonado. Eso sí es algo único, nadie lo ha fotografiado nunca.

A partir de ese día un adoquín roto a la entrada de un puente sobre el río Moldava o un puñado de flores abandonadas en una catedral de Palermo se convertían en algo más que una foto, formaban parte de nuestra historia. Tan única y especial que nunca nadie la había fotografiado.

Tengo cajas llenas de pequeños retazos imposibles de cartografíar en ningún sitio concreto que duelen con su sola presencia en lo alto del armario. Esa era nuestra historia, tan única y especial que ya no queda nadie que la cuente.

9641 GXN
6231 GZX

la niebla

Cuando la niebla bajaba aullando por la ladera del monte el empedrado de la aldea se cubría con una pátina resbaladiza y las luces de las farolas parecían agonizar, incapaces de seguir alumbrando las calles desiertas.

En las casas, el ganado rugía inquieto con los ojos desorbitados por el miedo y los perros ahogaban sus cuellos contra los collares. Todo el pueblo sabía que si alguna res estaba a punto de parir el ternero nacería muerto o con terribles malformaciones. Ese era el tipo de conocimiento que pasaba de generación en generación sin necesidad de estar escrito en parte alguna.

Dentro, las mujeres avivaban los fuegos, se dibujaban cruces sobre el rostro entonando viejos rezos y llenaban las juntas de puertas y ventanas con sal y semillas de albahaca. Los hombres, obligados por alguna antigua tradición, fingían sentirse valientes y cargaban las escopetas con estúpida seguridad mientras se asomaban por las ventanas orientadas a los montes.

Algunos de ellos no podían resistirse más y acudían a una llamada que había palpitado durante siglos agazapada en sus corazones. Con los hombros encogidos, se diría que avergonzados por sus actos de forma prematura, salían al exterior ignorando las súplicas y amenazas de sus esposas para entregarse en las plazas y alrededor de las fuentes a una danza obscena con las mujeres que habían bajado envueltas en la niebla. Mujeres con musgo tejido entre los cabellos, medio desnudas y con olor a roble y ceniza entre los pechos.

La mayoría volvían al día siguiente, con gesto hosco y sin mediar una palabra cogían la escopeta y los perros y volvían al monte a enfrentarse en soledad con su conciencia. Otros no regresaron jamás, marcharon con aquellas mujeres para no volver a ser vistos con forma humana; eran convertidos en fieras parduscas de pelo cobrizo que algunas veces se dejaban ver fugaces entre los riscos.

De aquellas noches de niebla y viejos rituales nacían nuevos vástagos, siempre hembras, que mantenían aquella raza casi desaparecida en una obstinada lucha por la supervivencia.

Mi abuela, durante los últimos años de su enfermedad, sostenía que así es como mi abuelo había desaparecido de nuestras vidas. Mi madre, sin embargo, me hablaba de largas cartas llegadas desde América con algo de dinero, siempre insuficiente.

La enfermedad de mi avoa había difuminado por completo la frontera entre una realidad cada vez más hostil y un mundo extraño donde las cosas se habían mezclado demasiadas veces hasta hacerlas irreconocibles. Su cordura se había ido retirando paso a paso cada vez más adentro de su conciencia, como quien cierra las estancias de una casa en llamas, hasta que ya no dejo nada tras de sí.

En el cementerio hemos llevado unas flores frescas que resaltan entre las zarzas y madreselvas salvajes que llenan hasta el último resquicio. Pronto ese verdor se lanzara sobre las pobres flores que hemos llevado y las engullirá implacable. Exactamente igual que ha hecho con la aldea y con cada rastro de la civilización que ha costado siglos levantar; sobre los muros derruidos, en el eco de cada estavía abandonada, la vegetación ha tomado posesión de unos dominios que le fueron arrebatados de forma temporal. Ese verdor no conoce el tiempo ni tiene edad, no tiene prisa ni le preocupan nuestros monumentos ni nuestra civilización porque sabe que saldrá victoriosa.

Mi madre me estira la chaqueta y el cabello avergonzada por mi aspecto desaliñado en un lugar sagrado, de nuevo las viejas tradiciones que nunca desaparecen del todo. Al hacerlo me deja ver sus ojos el tiempo exacto para poder ver el miedo flotando en ellos. El miedo en los ojos de tus padres, el único lugar donde no querrías verlo. El miedo a la muerte, a todas las preguntas sin respuesta.

Me quedo un paso por detrás de mi madre que se acerca a un lapida irreconocible y me vuelvo a preguntar que habremos venido a buscar aquí, tantos años después de la muerte de mi abuela.

Mi madre se vuelve con lágrimas en los ojos y me abraza inundándome con el olor a ceniza de su cabello que siempre, desde que tengo recuerdos, ha sido su olor. Al menos yo te tuve a ti, me susurra apesadumbrada, pero tú estás tan sola, mi niña.

Laura

Es complicado. Por dónde empezar… Esta ciudad, antaño cuna de la más importante burguesía ilustrada del país era, paradojas de la vida, Jauja hace unos pocos años. A la sombra del Teatro de la Ópera y bajo una lluvia de confeti, banderas y bandas de música, el Ali Babá contemporáneo, es decir, el alcalde de la ciudad, eufórico, daba la bienvenida a los proyectos megalómanos de Francisco Romeu. Era el tiempo del café para todos, el todo vale y el entusiasmo desmesurado. España es el país donde se puede ganar más dinero a corto plazo de Europa y quizá del mundo. No sólo lo digo yo, decía el ministro de Economía del momento, lo dicen los asesores y expertos bursátiles. Cierto. Con trampa pero cierto. Nuestra pequeña metrópoli era la envidia del resto de ciudades, el máximo exponente del crecimiento, y Romeu, una especie de gurú en el mundo empresarial, al margen, claro, de cualquier consideración ética. Por aquellos días, el dinero, en muchos casos, público, se movía a velocidad de crucero como si se tratase de papel del monopoly y sin verse sometido a ningún tipo de fiscalización por institución alguna representativa del interés colectivo (puesto que de dinero público se trataba).

Años más tarde vendrían los recortes y el apriétense los cinturones y bájense los pantalones a las órdenes de la Unión Europea. Pero todo eso vino luego, y ustedes ya conocen, sin necesidad de que yo les cuente, el final de esa historia.

En cuanto a la que a mi me ocupa, hoy, diez años después, los escándalos por corrupción se suceden ininterrumpidamente y don Francisco, como le llaman los medios de comunicación, o Paquito el basuras, como le apodaron con sarcasmo los colegas, se sienta en el banquillo de los acusados, imputado por tal cantidad de presuntos delitos que tengo la sensación de estar manejando una bomba de relojería cada vez que abro la puerta del cuarto donde se almacenan los miles de folios del Caso Romeu y sus vertientes. Miles de folios que cuentan lo que se ha podido averiguar hasta ahora. Pero lo que realmente me da escalofríos es lo que no se ha hecho público. Todo lo invisible. Todo aquello por lo que ningún juez lo ha imputado. Todavía. Sus relaciones con la mafia. Esos tipos yugoslavos que conocí en su finca. Lo peor no es lo que cuentan los periódicos y los telediarios. Lo peor es lo que Romeu no cuenta, sus secretos, sus negocios por debajo de la mesa, las reuniones en su despacho cuando todos están en el comedor, con la copa y el puro. Lo peor, siempre, es lo que está detrás del telón.

Encontré estas pocas líneas entre un montón de facturas de Laura. Ella nunca hablaba de su trabajo. Es todo muy delicado, decía y entonces, me parecía normal, supongo. A veces yo solamente sabía lo que oía en las noticias o leía en algún periódico. Que se movía en el mundo del cemento, de la basura, de la corrupción. Que trataba con gente peligrosa, gente sin escrúpulos, gente con la mano demasiado rápida, demasiado suelta; acostumbrados a partir piernas y romper cabezas. Gente con un código de conducta distinto al del resto. Familiarizados con el dinero y el poder. En todas las noticias, siempre acababa saliendo a colación ese tal Francisco Romeu. Todo eso lo sabía o lo intuía pero, era su trabajo. Lo había repetido mil veces… “he trabajado mucho para llegar aquí”… Era lo único que decía cuando le reprochaba las horas, el agotamiento, el esfuerzo desmedido. De todo lo demás no hablaba nunca y a mi tampoco me apetecía preguntar. Nunca mencionó a ningún yugoslavo. Nunca dijo que tuviese miedo. Nunca lo dijo, ni siquiera cuando lo tenía y, tumbada a mi lado, se abrazaba fuerte a mí como un náufrago a una tabla.

Reconozco que nunca quise saber, que es cierto que sentía cierta envidia hacia su trabajo o hacia la dedicación que tenía hacia él. Yo sólo quería tenerla a mi lado. Me bastaba con eso. Cómo iba a querer que hablásemos de ese rival que tantas horas la tenía apartada de mi lado; de ese tirano que algunos días la hacía llegar a casa con la cara descompuesta, fingiendo una sonrisa que tardaría horas en poder esbozar de verdad. Me importaba una mierda su puto trabajo

No la imagino escribiendo un diario de manera que, no sé bien qué es esto. Quizá necesitaba ordenar algunas ideas, dejar constancia de algo. Un testamento vital o el relato de una vida, con sus contradicciones y sus problemas. Desahogarse, tal vez. Describir para ella misma las cloacas a las que descendió un día, por necesidad o por ambición, qué se yo... Relatar el submundo que se oculta detrás de muchos escenarios con entrega de premios al empresario del año. Señalar con el dedo las pruebas del delito, los culpables de los crímenes. Desmarcarse de la mentira contando la verdad. Tratándose de Laura, quién sabe. Si fuese un poco vanidoso, hasta podría pensar que lo escribió para mi, para que yo algún día lo encontrase, para que pudiese entenderla un poco mejor. O para que la aceptase simplemente. Como un puente, tal vez, que tiendes hacia el otro para evitarle los pasos en falso, para brindarle un camino seguro, un campo de certezas.

Sin embargo, Laura, aquel día me quedé esperando. Esperándote en un terreno minado de conjeturas y de preguntas que nunca me vas a responder. No he encontrado respuestas en todas estas cosas que has dejado escritas, Laura. No las he encontrado. Así que... tú dirás, querida... Tú dirás qué quieres que haga con la historia de nuestras vidas... A mí, cada canción me sigue devolviendo a ella.

to be continued... or not

el arte de vivir

Cada etapa del artistadelalambre ™ que cerramos lo hacemos con la firme de convicción de que será la última. El cierre de un proceso que empieza con un puñado de ideas, buenas o malas, es imposible saberlo antes de aparecer en papel, y que se van desgranando durante un año hasta que te quedas sin nada, vacío como un globo que se ha quedado sin aire.

Leer es algo natural, es propio de animales evolucionados que sienten curiosidad y ganas de aprender. El escribir, por el contrario, no tiene ningún sentido. Da igual si escribes algo que merezca la pena o un montón de basura, siempre supone un gran esfuerzo y nunca, nunca queda igual que como lo habías imaginado, es una lucha perdida de antemano.

Hasta que un día comprendes que, en el fondo, ya no tienes nada que decir.

Planteada la vida así puede parecer descorazonadora, pero es la fe de los muyahidines que creen en una victoria aún cuando no sepan como cojones harán para llegar a ella. Hay que pelear, en el ring, en el tatami o en la calle, con las manos desnudas o atadas a la espalda. Sin esperar la victoria, sabiendo que no se encuentra en nuestra mano, pero sin dejar de situarla en el norte de todos los mapas que recorremos.

Quizás por eso cada año pasado lo hemos ido guardando en un pequeño libro que hemos ido guardando en la trastienda. El formato no siempre ha sido el correcto ni el resultado aquello que habíamos soñado, pero son pequeños hitos que nos recuerdan el camino trazado.

¿Y este año?, este año el calendario nos ha dicho que ya llevamos siete asaltos y hemos decidido que era un buen momento para hacer nuestra propia carga de la brigada ligera: se han formateado los textos, se han rehecho las fotos y se ha creado un libro con todo eso. Pero un libro de verdad, de esos que te imprimen en bonito y le ponen unas tapas preciosas. Lo hemos hecho con Blurb, y este es el resultado.

Pagar esa cantidad de dinero por algo así es algo que sólo harán los padres de la criatura, lo entendemos perfectamente, por eso, y por no traicionarnos, lo hemos dejado gratuito en la trastienda.

Nos vemos otro año más, o no...

Enero

Fumo tabaco rubio en una terraza al sureste de ningunaparte... Anochece enero... o soy yo?? o son mis ojos?? Sobre el asfalto cae una lluvia grisácea que recubre las cosas del vago desencanto del diadereyes... huérfanos y sin regalos... La urgencia de un semáforo en ámbar... los muertos de mañana en el periódico de hoy... La noche empezó a quedarme grande el día que mis sueños se convirtieron en astros en busca de órbita... demasiado grande para un hombre solo... demasiado oscura para una niña miedosa...

Ahora las grandes esperanzas han quedado reducidas a un inútil (como todos) título académico con el que nunca conquistaremos los anillos de Saturno... Por cierto, alguien nos ha robado la palabra "sueño" del diccionario del tercer estante... de ahí nuestra afición a los antros de mala muerte que abren a partir de las dos de la madrugada...

Divago... continúo fumando... continúa escupiendo el cielo... desvalijados todos los recuerdos, tengo la sensación de que el pretérito indefinido tiene algo que ver conmigo.. Pretérita... Indefinida... Indefinidamente pretérita... El timbre del teléfono estrangula de pronto el silencio... Siempre hay un haz de balas que cambia el curso de las cosas...

Barajas-Newark

Arrastro la maleta por el aeropuerto como si de un cadáver se tratase... mitad solemnidad mitad asco, tú ya sabes. Es curioso que después de tantos años, de tantos viajes, aún no haya aprendido a hacer el equipaje. La gente. El trasiego. La sensación de disponer de una vida en continuo tránsito. Contrapongo. Me siento. Hay un tipo, de profesión aventurero, a mi lado. En la tele parece más rubio, más grande, más aventurero. Siempre he sido una mierda calculando distancias. New York delayed. De puta madre. Si esta historia llega a buen fin sentiré algo parecido a lo que siente este señor cuando llega a una cumbre de ocho mil metros??? Extasis. O no. Tal vez sólo la satisfacción de dar por acabado algo que nunca debió de empezar. No habrá nadie al otro lado. Nadie en esa otra terminal a miles de kilómetros de esta por la que ahora arrastro mi maleta-ataúd. No conviene esperar demasiado esta vez. A decir verdad, nunca conviene. Las recompensas y los aplausos son para los que suben un ochomil a pelo, no para los que utilizamos helicópteros y oxígeno. No para los que ponemos redes para amortiguar la caída. Apoyo las manos en el banco. Me agarro al borde. Percibo el vértigo en la boca del estómago. El aventurero rubio me mira. Azules. Sus ojos. Como si no conociese el sudor del corredor de fondo. Como si no supiese de mi esfuerzo por ascender esta montaña que construimos un día sin pensar que en algún momento habríamos de ascenderla. Absurdo. Doloroso. Como romper melones a cabezazos. Como un vendedor de máquinas de escribir en Silicon Valley. Tengo vocación de pasaporte... nunca te lo había dicho??? El tipo se levanta. Se aleja de mi. No sé su nombre. El aventurero rubio. Él no sabe que yo también soy aventurera. Alguien sin oficio ni beneficio que trepa por las rocas de montañas escarpadas y otea el aire para intuir las tormentas venideras. Él no lo sabe pero... tal vez esta sea mi última gran aventura, mi último ochomil. Debería apurar la luz de mis ojos, memorizar cada uno de mis gestos porque esta vez, por última vez, yo escogeré dónde y cuándo seré derrotada...

Jaime

Tengo que dejar a Jaime. El problema viene cuando leo el futuro en los slogans de sus camisetas de viernes, o cuando, de madrugada, se desabrocha el tercer botón de la camisa. Ese es el problema. Porque, entonces, quiero apurar en sus clavículas lunas y estrellas antes de que el día las confunda... entonces busco en su cuello la respuesta aunque no tenga noción de la pregunta. Entonces su piel me habla y siento en ella la tensión muscular de un amor que quizá esté por venir... Porque es muy suyo también, sí, y no puede ser ni un poco mío... Por todo eso, por algo más, también, por algo menos, tengo que dejar a Jaime, aunque la voluntad divina y mi lascivia estén de su parte.

Lascivia, sí; podemos hablar de sus ojos de un color olvidado, de las tardes cogidos de la mano al caer el sol o de todos los tequiero bailando en nuestros labios, incapaces de pronunciar semejante mentira. Pero al final, todo se reduce a eso, a la lujuria, a como me desnuda con apenas una mirada, a como recorre con precisión los olvidados caminos de mi cuerpo, haciéndolo responder como una oxidada tragaperras de jadeos y gritos entrecortados, que se pierden en pensiones de letreros fundidos y sucios portales con eterno olor a guisos y humedad.

leviatán a pilas

Mi madre me ha comprado un coche teleridigido, una monstruosidad llena de ruedas y luces de colores. Eso es algo que hace mucho últimamente. Se sienta a mi lado y me pregunta cosas que carecen de sentido; intenta ponerme al día de todos esos memes que la vida me enseño por su cuenta y a destiempo. Conversaciones que debimos tener hace mucho y nunca se produjeron, quizás porque nunca fui un chaval fácil de tratar, o porque ella no tenía experiencia en enfrentarse al puzzle incompleto que es el alma de cualquier niño a esa edad.

De alguna forma esa es su manera de intentar cuadrar el balance para arreglar ese primer momento en que todos decepcionamos a nuestras madres, y rompemos de forma definitiva ese vínculo mágico de cariño y amor. El instante congelado en la memoria en que matamos al niño, y nos descubren por vez primera como hombres adultos a los que mirar con toda la duda y el resquemor acumulados por su raza durante siglos.

Con todo esto quiero decir que no tengo ni idea del motivo por el que me ha comprado este pequeño leviatán a pilas. Y no importa, ahora las horas muertas las paso guiando a mi pequeño siervo por las profundidades del salón. Siempre quise tener uno aunque nunca se lo dije, esa es la verdad, y supongo que esta es mi forma de cerrar el balance con esa etapa perdida de mi vida.

¿Sabéis?, siempre creí que tendría un coche teleridigido antes que conocer el sexo como algo más que un concepto abstracto, y ahora que se ha invertido el orden no sabría deciros cual de las dos cosas ha sido más decepcionante.

Ser ...o no

Cuando parece que se ha terminado, entonces comienza la segunda parte. Porque lo que se ha quebrado permanece por mucho tiempo en ese estado, y de poco ayudan deseos, suplicas o grito alguno...El tiempo sigue goteando desde el reloj de la pared y preferirías no ser quién eres, si acaso ser lo que fuiste, o lo que creíste que serías... Porque a veces no te soportas, y te darías la espalda de rabia, y tirarías tu sombra al tranvía, para no tener que lavar siempre las mismas manos, y no bostezar cuando piensas en ti mismo, y poder aguantarle la mirada a todo eso que quieres ser, un cuadro, un libro, un traje de firma, cualquier cosa...

He vuelto a soñar contigo

He vuelto a soñar contigo. Los dos huíamos de algo o alguien, nuestro más fiero y terrible enemigo. Yo trazaba planes de huida absurdos que fracasaban apenas intentaba explicarlos con palabras, y tú pedías al camarero que te llenase otra copa con el mejor champagne. Yo me escondía en el anonimato de mi traje oscuro y procuraba no mirar a nadie a la cara, y tú bailabas con los ojos cerrados, hermosa y ajena a todo, en medio de la pista con tu mejor vestido. Un regalo mio, perdido y recuperado del fondo de algún baúl como un homenaje a los días en que todo era posible.

... tú eras el Titanic hundiéndose con la dignidad que da hacerlo con las luces encendidas y la orquesta tocando hasta el final, y yo era el Maine ahogándose sin ruido en la cobardía de la noche...

Aquí dentro todos parecen felices. Se enredan entre si y se dejan llevar por encima de la mullida alfombra que podría devorarnos a todos sin dejar ni rastro. Nos esforzamos en fingir una normalidad que estamos lejos de sentir, y luchamos por sentirnos hermosos en cada uno de los miles de fragmentos que los espejos de la sala se lanzan y retuercen hasta formar millones de ángulos imposibles.

Afuera llueve a gritos sobre el cielo de Berlín, y los elegidos de la patria, un puñado de nuestras mejores divisiones con sus tanques y sus fusiles, con sus uniformes y sus banderas, agonizan mudos en ataúdes de barro y acero para ser testigos impasibles de una guerra que nunca podremos ganar.

Me sonrio porque siempre que tocamos el tema de ese libro que va a escribir algun dia, las cosas adquie
ducido a las dimensiones particulares de Van Norden y Cia. El libro ha de ser absolutamente original, a
cuanto se le ocurre una idea, empieza a impugnarla. Se acuerda de que Dostoyevsky la uso, o Hamsun, o a
ca. Y, por eso, en lugar de ponerse a escribir su libro, lee un autor tras otro para asegurarse absolut
de ellos es satisfactorio; ninguno de ellos llega al grado de perfeccion que se ha impuesto a si mismo.
si existiera una estanteria de libros con su nombre, libros que todo el mundo conociese y cuyos titulos
que retiene casi a la fuerza para que escuchen la exposicion de su filosofia particular, sus criticas
te las jovenes y bobas virgenes que trae a su habitacion con el pretexto de leerles
trega un trozo de papel sucio en el que ha garabateado unos versos
nen ningun comentario que ofrecer, de tan desconcertad
hace falta decirlo, creada espontanea
ple y naturalmente como una modul
papanatas a las que califica de
confesar un error de ese tipo, lo
tando conseguir desde hace ya die
tambien entenderse. Al principio,
Bessie era casi tan insolita en su
y ella misma hacia la proposicion.
Por un momento me quedo parado en
arcos y las columnas, las escaleras
ma sobre las escaleras desde las mu
enlosado y forma un aura palida y b
tas por el desierto corredor, todas
puerta. Siempre una mano en mi cuel
que me derriben de un hachazo. Oigo
enfermizo, de una habitacion que nun
los oidos.
Solo, despavorido y con una tremenda
cer muecas, blasfemar, gemir... nadie
desnudo, solo. Dicha y agonia simulta
un cuchillo de carnicero. La nada. El

No quiero ser razonable ni logico. Lo
tos... pero tenemos entusiasmo. Es me
ese es mi lugar, supongo. No puedes vo
cambiarnos, por mucho que admiremos a
uno de ellos. este no es mi lugar. Est
Siguio asi a lo largo de toda la arcada
tes, habria estado golpeandose el pecho
Fillmore le habria aplastado la nariz.
decia France,queria decir vino, mujeres
la lona y pudo contemplar el cielo, se
do le oia hablar entusiasmado de la espl
more. No es de extra ar que piensen que estamos todos locos. Para ellos estamos locos. Somos simplement
Ese entusiasmo por debajo, que es? Ese entusiasmo de pacotilla que revuelve el estomago a cualquier e

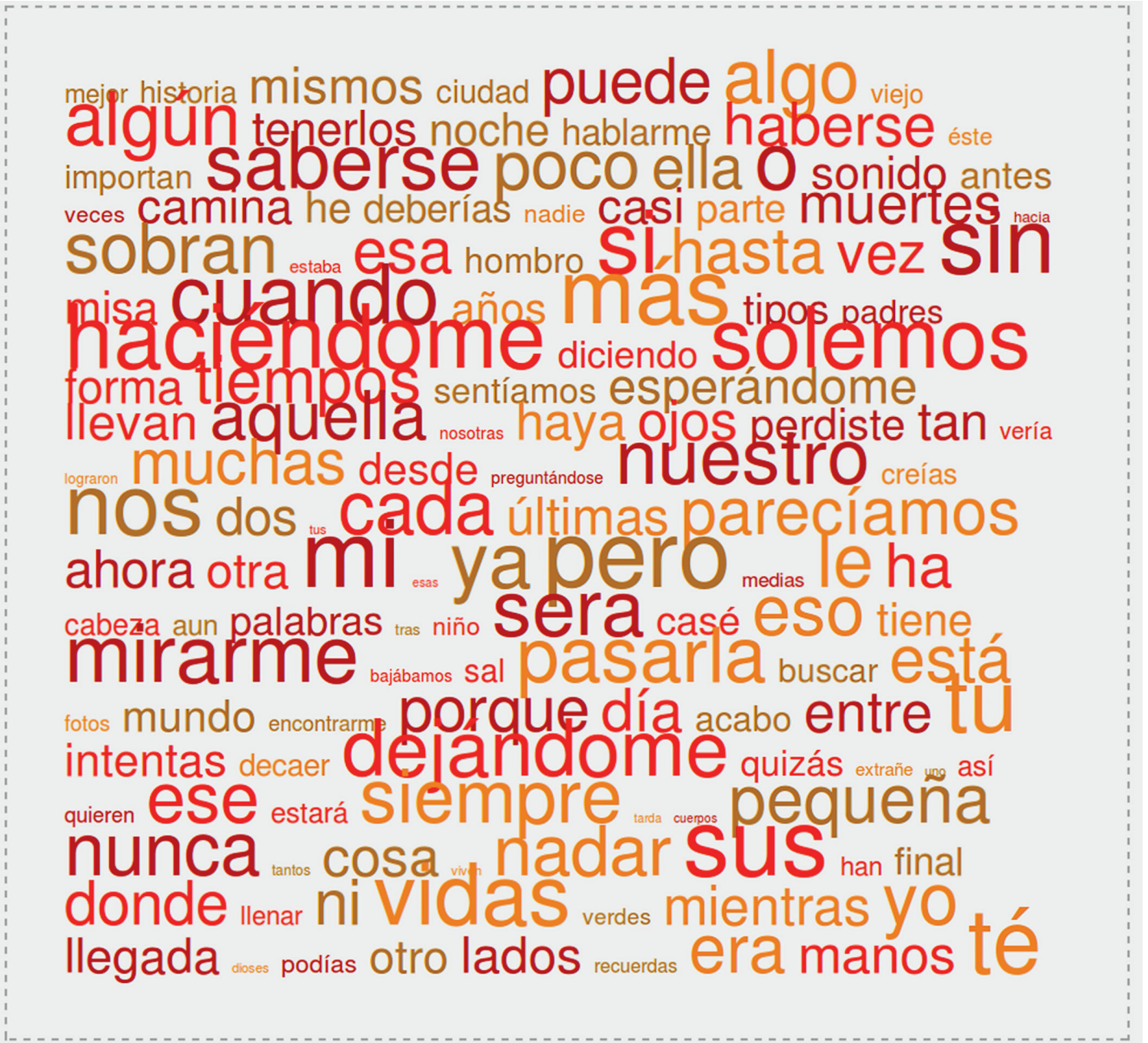
nunca he visto
viene se va. Queria decir trave
no estaba en un circo, sino en un ruedo, exact
Francia, de la libertad y todas esas gilipolleces, me pr

eren un aspecto incongruente. Basta con que diga mi libro para que inmediatamente el mundo quede re-
absolutamente perfecto. Por eso es por lo que, entre otras cosas, le resulta imposible empezarlo. En
algun otro autor. No estoy diciendo que quiera ser mejor que ellos, pero quiero ser diferente , expli-
tamente de que no va a hollar su propiedad pri lee, mas desde oso se vuelve. Ninguno
. Y olvidando que no ha escrito e ellos con aire de superioridad, como
s fuera superfl e eso, es evidente que la gente a la
nes hay una obra solida. Especialmen-
do de culpa ni de inhibicion, les en-
su opinion. Como generalmente no tie-
concepcion del arte, concepcion, no
Pound a la cama se produce tan sim-
comete un error con respecto a esas
ro cuando se decide efectivamente a
ejemplo, a la que ha estado inten-
stosa. No solo parecen gustarse, sino
on feliz... excepto el fundamental.
elegia el objeto de su preferencia
e suele decir.
de grava, paso por delante de los
io. Una luz enfermiza se derra-
cruje; un sudor humedo rezuma del
de boca de lobo, avanzo a tien-
podera de mi al asir el pomo de la
entrar sin que me estrangulen, sin
ido y se siente el hedor dulzon,
como las cataratas del Niagara en

s, podria bailar, escupir, ha-
amente. Todo cercenado. Separado,
l tiempo que pasa golpeando como
s, cheri.

nosotros tenemos nuestro defec-
ti. Naci en Nueva Inglaterra y
las cosas con otros ojos. No podemos
. Los detesto con toda el alma. Pero yo mismo soy

Aun asi, pensaba que extra o era que aquel mismo tipo, si hubiera sido un a o an-
que gente! Y si hubiera pasado por alli un americano y hubiese dicho una palabra contra Francia,
a un hombre tan apasionado por un pais, tan feliz bajo un cielo extranjero. No era natural. Cuando
esuras, estar de vacaciones. Y despues, cuando se hubo corrido sus juergas, cuando el viento se llevo
tamente igual que en cualquier otro sitio. Y, ademas, mas siniestro que la hostia. Muchas veces, cuan-
reguntaba que le habria parecido a un obrero frances, si hubiera podido entender las palabras de Fill-
te una pandilla de ni os. Idiotas seniles. Lo que nosotros llamamos vida es una novela de tres reales.
uropeo comun? Es ilusion. No, ilusion es una palabra demasiado buena para eso. Ilusion significa algo.


mejor historia mismos ciudad puede algo viejo
algún tenerlos noche hablarme haberse éste
importan saberse poco ella o sonido antes
veces camina he deberías nadie casi parte muertes hacia
sobran esa estaba hombro sí hasta vez sin
misa cuando años más tipos padres
haciéndome diciendo solemos
forma tiempos sentíamos esperándome
llevan aquella nosotras haya ojos perdiste tan vería
muchas desde preguntándose nuestro
logran creías
nos dos cada últimas parecíamos
tus
ahora otra mi esas ya pero le ha
medias
cabeza aun palabras tras niño será casé eso tiene
mirarme bajábamos sal pasarla buscar está
fotos mundo encontrarme porque día acabo entre tu
intentas decaer dejándome quizás extrañe uno así
quieren ese estará siempre tarda cuerpos pequeña
nunca tantos cosa vivían nadar sus han final
donde llenar ni vidas verdes mientras yo
llegada dioses podías otro lados recuerdas era manos té